

Revista Rocamadour

Historias originales

ISSN 2618-5342

Año 1 | Número 3
Mayo 2019
Distribución gratuita

Cuento del mes

“El loco Cansino”

por Roberto Fontanarrosa

Escriben

M. M. Álvarez

Alejandra Llanos

Paula Aros

Alejandro Torres

Diego Rojas

Hugo Canal Bialy

Sergio Ortiz

(Ilustraciones de Fede Avila
Corsini y Anahí la Rocca)

Lecturas visuales

Fontanarrosa, el parodiador

Autores invitados

Mauro Guiseppe | Érica Manrique

Jorge Giménez | Salvador Silva

MÍRELO A ESTE, MENDIETA. AHORA SE
VA A AGRANDAR PORQUE SALIÓ EN
ROCAMADOUR!

QUE LO
PARIÓ!



**VENTAS | ALQUILERES | TASACIONES
ADMINISTRACIÓN INMOBILIARIA
PROYECTOS**

**¿Necesitás asesoramiento inmobiliario? ¿Querés vender?
Comunicate con nosotros**



0220 477 1479



11 3492 6887



info@sorgettiprop.com.ar

www.sorgettiprop.com.ar



Monteagudo 47 - Marcos Paz

Matrícula (DJM) 3817

Ediciones Rocamadour

Dr Marcos Paz 2578 - Marcos Paz, Pcia. de Buenos Aires, Año 2019

ISSN 2618-5172

Esta revista se terminó de imprimir en Mayo de 2019, en gráfica Entre Tintas,
San Martín 77 - Marcos Paz, Pcia. de Buenos Aires

Diseño y edición: Alejandro Torres

Corrección de textos: Sergio Ortiz

Ventas: Alejandro Torres

Imágenes:

Foto de portada: Archivo Clarín

Escultura contratapa: "KALA" realizada por Mauro de Guiseppe

Ilustraciones de los textos de esta edición: -Fede Avila Corsini

(Instagram: Dibujando al margen)

-Anahí la Rocca

(Instagram: anne.draws)

CONTENIDO

Del lado de allá

El último penal	por Hugo Canal Bialy	5
El entierro	por Mauro de Guiseppe	7
La tontería de pensar que se ha ganado	por Sergio Ortiz (Capítulos IV, V, VI y VII)	10
Ella	por Alejandro Llanos	13
Las leyes del amor	por Érica Manrique	16
La bella Gorgona	por Jorge Giménez	15

Cuento del mes

El loco Cansino	por Roberto Fontanarrosa	19
-----------------------	--------------------------	----

Del lado de acá

Los portadores	por M.M. Álvarez	25
Misantropía	por Diego Rojas	32
Vanidades	por Salvador Silva	33
Semana Santa	por Alejandro Torres	37
Gea	por Paula Aros	43

Lecturas visuales

Fontanarrosa, el parodiador	por Pablo Ortiz	44
-----------------------------------	-----------------	----

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

Prólogo



Pensemos en lo siguiente: ¿qué sucedería si en algún momento nos viéramos ante la prohibición de la palabra escrita?

La novela distópica *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury nos revela un impecable y a la vez truculento vistazo a lo que podría llegar a pasar si el nexa entre el lector y el soporte papel se viese interrumpido. Desde nuestra perspectiva imaginamos que es algo probable, más teniendo en cuenta la velocidad a la que la tecnología avanza, no obstante, todavía lejano, ya que el libro y el material digital han logrado coexistir hasta el día de la fecha.

El nacimiento de la revista *Rocamadour* es un hecho (sin precedentes en su tierra) que suma adeptos a la causa. Fue creada por necesidad, para desplegar lo que a la larga nutrirá a quien las circunstancias han arrastrado a denominarse escritor: el espacio, la posibilidad de interceder en la temida blancura de la insípida y pulcra superficie de la hoja.

¿Entonces podemos concebirla como un estandarte alzado contra la adversidad? Claramente. Es una forma de decir “Ey, acá estoy. Soy una voz sumergida en un océano de voces, pero creo poder gritar lo suficiente para que me escuchen”. Es una forma de establecer los cimientos artísticos y filosóficos para los que vienen, y extender el plazo de encuentro con un futuro que puede, o no, ser amistoso con los que ideamos a la literatura como salvación.

Lo importante es estar preparados, le digo a todo aquel que lea, comparta o participe aquí, y mantener la flama ardiendo.



El último penal

Por Hugo Canal Bialy

Ilustrado por Fede Avila Corsini

El Gigante de Arroyito desbordaba de canallas, con algunos leprosos infiltrados, en Rosario era una final a vida o muerte; el equipo ganador se adjudicaría el campeonato.

Con jugadas bruscas de *fouls* reiterados, el árbitro ya había expulsado a 5 jugadores: 3 mediocampistas de Newell's y el conjunto local perdió un hombre clave en la defensa, y a Marco Ruben, la estrella, el gran goleador.

Faltaban 10 minutos para finalizar el encuentro, el Dt canalla en un acto desesperado llamó a "Pajarito" Gómez, artillero de 45 años, a sólo 3 semanas de su despedida. Ya no era titular y fue incluido en la lista de concentrados para ser aplaudido por los hinchas, y para preparar su homenaje.

A los dos minutos de ingresar, con su picardía habitual, "Pajarito" generó una acción polémica para que le cobren penal. Le reclamó al referí el tiro desde los 12 pasos, ya había echado a 5 protagonistas y si expulsaba a una leyenda como Gómez, corría riesgo de salir sin vida de la cancha. Ante todo Central reclamándole la falta,

el árbitro insólitamente para salir del paso, en forma inexplicable cobró *corner*.

El "Cuqui" García preparó el balón para tirar el centro, en el área "Pajarito" esperaba la que podía ser la última oportunidad de su carrera futbolística.

La pelota voló en comba, cayendo justo para que el centofóbal pueda cabecearla y hacer el gol de la victoria. Al mismo tiempo que el goleador conectaba su bocho con la esfera, el coco de Rocamura impactó sobre su propia cabeza. Como en una escena de ballet, en simultáneo ingresó el balón al arco y "Pajarito" caía muerto víctima de un derrame cerebral.

De las bandejas se oían aplausos y llantos, como un gladiador en el coliseo romano el héroe canalla brindó su función despedida, coronando campeón al equipo de sus amores y dejando la vida en la cancha. ■

 Hincha de Boca, lector apasionado de narradores
 futboleros: Osvaldo Soriano, Roberto Fontanarrosa y
 Eduardo Galeano.

IMAGEN actual

Peluquería unisex

Corte | Color | Alisados
 Shock de keratina y más...

Miércoles a viernes de 17 a 20.30 / Sábados de 10 a 12.30 y 17 a 20.30 hs.

Belgrano 2115 - Marcos Paz / Turnos y consultas: 11-5929 8059

El entierro

Por Mauro de Guiseppe

Se lleva al muerto con manos seguras, por los caminos simples que tiene el cementerio municipal de Constanca se cierra una sola nube inmensa y oscura. Más adelante se levantan los primeros velos de la tierra y se resquebrajan amontonándose bajo las uñas torpes de las palas. Las manos mercenarias que las mueven se detienen ante la mirada preocupada de todos. Es que el cajón funerario es puesto cerca del foso y se deja oír el primer sonido para ellos. El sonido no regresa y las palas recomienzan con un esfuerzo doblegado por el descanso. La tierra se vuelve pegajosa y los sepultureros muy hábiles contra ella luchan con sus palas y botas. El sonido se da otra vez y los presentes mantienen como un suspiro débil la esperanza de que esta vez no haya sido escuchado, que por el paleo incesante y el chapoteo de los trabajos haya quedado cubierto. Sin embargo, los sepultureros se detuvieron otra vez, alguien de los presentes tose fingidamente. Otro de ellos mira nervioso aquel cielo cargado de nubes oscuras para denotar apremio a los trabajadores.

—No lo haremos —dijo tranquilo uno de los sepultureros apoyándose en el borde del foso—. No enterraremos a un hombre que no se interesa en estarse muerto.

—¡De ninguna forma! —dice enojado el otro sepulturero.

—Está muerto —aclara uno de los conocidos del difunto—, quizás no de la forma habitual, pero ya está irremediamente muerto.

—No enterraremos a alguien que habla —se niega otra vez el sepulturero.

—Habla sólo del pasado... de cuando estaba vivo, no le haga caso —murmura otro de los conocidos del muerto.

—¡Entonces hágalo usted! —El segundo sepulturero más impulsivo y nervioso que el primero, le ofrece con una rabia contenida su pala llena de una tierra pegajosa. El conocido del muerto baja la cabeza y la rechaza con una mano preocupada por la culpa.

—A nosotros no nos pagan por enterrar a los vivos. No lo vamos a hacer —dijo resuelto el primer sepulturero y comenzó a sacarse el barro de las botas con la punta de la pala.

—Si quieren, vayan ustedes a quejarse con el director del cementerio —el segundo sepulturero increpaba nervioso a todos los presentes mirándolos a la cara—, que en ese caso nosotros también tendremos que hablar con el sindicato.

Después de decir esto, clavó su pala indignada en la tierra recién sacada y fue el primero en alejarse de aquel lugar.

Los cercanos al difunto comenzaron a murmurar con gestos de justificación o de condena hacia los trabajadores. Luego uno de ellos que hasta entonces no había hablado levantó la voz hacia todos:

—¡Le pagaremos diez veces más de lo que les paga el cementerio! Juntaremos entre los que estamos aquí el dinero —ya con un tono de voz más reservado—. Sólo queremos que esto termine de una vez.

El primer sepulturero, más tranquilo al hablar que el segundo, se tomó un largo respiro y sin mirar a aquellos desconocidos que esperaban su respuesta, intentó por un momento dilucidar aquellas palabras que brotaban imperceptibles dentro del ataúd. Ante la súplica de los familiares su actitud se volvió orgullosa y perezosa. Levantó la vista y los miró fijamente a la cara con repentinos aires de superioridad. Unas mujeres lloraban sobre una mano y algunas viejas no podían evitar hacer comentarios en voz alta para llamar la atención; algunos jóvenes, que seguramente venían por primera vez a un entierro, se ponían adelante para verlo todo, aunque entumecidos de miedo y torpeza.

—Ya hemos dicho que no lo haremos. Si quieren hacerlo, háganlo ustedes.

El primer sepulturero clava también la pala y se aleja con el ruido de esas botas que le iban grandes.

Todos los presentes se miran y comienzan a hablar entre ellos, los jóvenes investigan las tumbas cercanas o se acercan al cajón que aún está al borde del foso para tratar de escuchar algo, el muerto habla sólo de su pasado y se alejan aburridos. Una garúa se comenzó a desbandar de ese cielo compacto de grises. Bajo esa delgada tela de agua comenzaron a aparecer los primeros desertores. Ante aquella situación tan desagradable corrían a sus autos o en busca de algún refugio fuera del cementerio. Los que aún quedaban, aquellos más cercanos al muerto, los que lo habían traído con manos seguras, se movían ahora torpes hasta el fondo de ese foso a medio hacer. No había forma de evitar que el muerto siguiera hablando, no pudieron evitar que el lodo se les metiera por entre sus zapatos de vestir, que las rodillas se les empantanaran, no pudieron evitar

masticar puteadas y largar maldiciones en el traqueteo de ese cajón roñoso.

Todo aquello ya no quería ser un rito solemne y sagrado sino más bien una abominación desgraciada. El papel con las últimas palabras que debían ser pronunciadas durante el entierro, se cayó en la tierra mojada sin preocupar a nadie. Por unos instantes se miraron entre sí aquellos pocos presentes, por suerte la garúa se hizo más pesada para perder los problemáticos murmullos del muerto, no lo miraron siquiera. Uno de ellos escupió de rabia el piso o tal vez porque le había entrado algo de barro a la boca. Todo aquello ya les hastiaba y se unieron sin decir nada en aquella carrera.

El muerto quedó ahí, sin cubrir siquiera y hablando. ■

Distribuidora Pareta

Ventas por mayor y menor en artículos
de mercería, lencería, lanas, telas,
accesorios para moda y fantasía



Sarmiento 2055 - Marcos Paz (Pcia. de Bs. As.)

(0220) 477-1083 / 6541

info@distribuidorapareta.com.ar

www.distribuidorapareta.com.ar

LA CHURRERÍA

DE MARCOS PAZ

PASTELERÍA • BOLLERIA • CHOCOLATERÍA

Cafetería  Licuados 
SERVICIO de Mate

Churros!



Rellenos de Dulce de Leche | Crema Pastelera | Bañados en Chocolate
Churros de Chocolate | Porras madrileñas | Churros Valencianos
Churros Bombóm | Churros Salados



Otras delicias

Tostados - Berlinesas

Pastelitos

Waffles - Panqueques



Donuts

Pan Dulces!

Bernardo de Irigoyen 10 | Marcos Paz

HACE TU ENCARGUE

011 2635-3132



La tontería de pensar que se ha ganado

Por Sergio Ortiz

Ilustrado por Fede Avila Corsini

*¿Cuántas veces se deshoja,
en una vida humana,
la misma rama?*

*Es como preguntarse
cuántos ecos
tienen el adiós y el para siempre.*

Capítulo IV

Cuando acaricio su piel con la yema de los dedos siento calma, y más a esa hora. Me pregunto si estoy bien y le digo que sí. Si me preocupa algo es la finitud de la calma, me preocupa ya saber los pasos que conducen a ese fin asegurado: despertar, caminar hacia el baño, preparar un café, beberlo en la cama, besarnos; y a partir de ahí la palabra nosotros se quiebra poco a poco, si perdura es en términos de promesa y cita futura, pero ya nada es tan concreto como mis dedos en su cintura, o esa luz que se filtra apenas por la ventana, o esta taza caliente que sujeto entre mis manos. Le digo que sí, que está todo bien: un montón de nada me aguarda fuera de este cuarto y sábanas blancas y café fuerte, y como vos, esto es ficción.

Capítulo V

No llueve, pero el agua está presente en las calles, en veredas rotas, en bocacalles inundadas. No es poético ni mucho menos, más bien refleja a un intendente ausente. Voy esquivando las baldosas rotas, es imposible no mojarse.

Un hombre camina a paso acelerado. Pide permiso y me muevo a un costado. Sus zapatos están recién lustrados y el pantalón es de un color marfil, de manera que si pisa una baldosa floja lo arruinará, es más, con esa marcha el chorro seguramente llegue hasta su camisa blanca.

Veo en ese hombre mucho de mí, pensar en la mierda solo cuando se la ha pisado.

El tipo me sacó una cuadra de distancia; lo veo entrar al restaurante y pienso en ir a otra parte. Comprendo que es una tontería y me siento. Estoy a solo dos mesas de distancia; él bebe lentamente su café y saca una libreta. Comienza a escribir vaya a saber qué. Esa libreta, la manera de escribir, algo de ese hombre me es familiar. Pido un café y voy al baño solo para ver qué escribe. Es seguro que no se percató de mi presencia. No hay dudas, esa es mi libreta. En ella ha escrito: *“Ahora vuelvo a la calle y los recuerdos se limitan al ayer. Una chica que no era Lucía decía cosas y reíamos y me besaba en el cuello, y ella no era Lucía”*.

No puedo leer más que eso. Sigo camino hasta el baño y me lavo varias veces la cara. Hay en el lugar un fuerte olor a lavandina y también a orina. Al pasar nuevamente a su lado veo que ha escrito dos versos, no puedo leerlos.

El café ya está en la mesa (frío) y me resulta imposible no pensar en lo que acaba de ocurrir. Un hombre escribe lo que pensé hace unas horas. ¿Cómo conoce a Lucía? ¿Cómo puede coincidir palabra por palabra mi pensamiento con su escritura?

Dejo \$50 sobre la mesa y me retiro, es mejor así. Torpemente piso una baldosa floja y se incrusta sobre mi pantalón una gran mancha de barro. Pienso si ese extraño lo habrá escrito.



Capítulo VI

Hace dos días que no recibo un mensaje de Lucía, prueba suficiente para saber que todo está mal. No sabrá que conocí a Clara en una plaza y que hicimos el amor infinidad de veces en su departamento de Palermo. Lucía no necesita saber eso, para ella el amor se mide en términos de presencia, y es muy lógico después de todo. Reviso el celular y leo un mensaje que me envió a las tres de la madrugada: “Tenemos que hablar”.

Esperé en la plaza central de Merlo hasta las cuatro de la tarde, y de ahí fuimos a tomar un café. Hablamos un poco de lo hermoso que estaba el día y sobre qué habíamos hecho en este último tiempo. Pero a los dos nos gusta leer, de manera que entendíamos que retrasar el conflicto no servía de nada, así que decidimos hacerlo conciso, como los cuentos de Poe.

—*Creo que ya sabés por qué te llamé, ¿no?*

—*Sí, y estoy de acuerdo.*

—*¿Así nada más? Es peor de lo que pensé...*

—No. Pienso que hay toda una sociedad apoyada sobre el concepto de lo eterno, y para mí no es así. Si ahora nos damos un tiempo o arreglamos esta situación, después la rutina nos volverá a golpear la puerta, y te aseguro que no será dentro de mucho. Pienso que ya estamos en jaque, podemos retrasar el final obvio moviéndonos para los costados, desesperadamente, ¿pero después? Después el mate ya se nos presenta y nos mata indignamente, nos tira al costado. No quiero ser esa última pieza y tampoco quiero que vos lo seas. Eso indica, a mi modo de ver, que aún te quiero mucho. Sé que pensás que es una manera egoísta de querer, pero es la única que aprendí.

—Sí, de nada sirve retrasar lo inevitable.

En un movimiento nervioso, Lucía sacó un billete de \$100 y lo dejó sobre la mesa. Me sentí doblemente infeliz, ese billete cubría mucho más que el café.

Capítulo VII

Decidí, al menos por un tiempo, no ver a Clara. La idea de que todo se da en términos de ciclos me atormenta últimamente, de modo que el simple hecho de tomar una cerveza con un amigo se resume en un saludo y en una despedida, lo demás es un relleno de tiempo y palabras.

Me pregunto si el hombre del restaurante era una especie de Doctor Jekyll y yo una contracara vacía e indiferente. Me victimizo al pensar que Hyde es solo un producto, que yo soy solo un producto. Quiero creer en Rousseau, en que el hombre es bueno por naturaleza y es la sociedad quien lo corrompe y destruye. Lo descartable de la sociedad ha hecho de mí, indudablemente, un Hyde. ■





Ella

Por Alejandra Llanos

Ilustrado por Fede Avila Corsini

4 de octubre de 1989.

Dormía plácidamente mientras percibía el aroma del limonero en flor que entraba por la ventana. Solo tenía dieciocho años, estaba en su cuarto rodeada de pósters de sus estrellas de rock favoritas y fotografías que resumían su joven vida en viajes escolares y reuniones familiares. En el piso de su cuarto podía verse el teléfono con el cable enroscado junto a su cama, propio de una joven que habla hasta por los codos. Hasta ese día ella había sido solo una más del montón y parecía que siempre sería así, y fue en ese momento que lo escuchó: “Alfonsina”, dijo una voz distorsionada y cruel provocando que la joven se despertara de un sobresalto. Nunca en su vida había sentido un terror semejante. No pudo pensar en otra cosa por el resto del día. “Fue una pesadilla”, se dijo tratando de apartar ese sonido metálico y escalofriante que la hacía sentir como si alguien la hubiera cortado solo con el sonido de su voz. Pero ese fue solo el principio ya que lo mismo ocurrió al día siguiente y conforme pasaban los días la situación empeoraba: no solo lo escuchaba llamarla por las mañanas, sino que además empezó a sentir la presencia en su cuarto, una sombra en su ventana por las noches, pasos detrás suyo por las calles cuando salía de compras. Lo escuchaba reír y llamarla.

Alfonsina, dispuesta a todo, o eso le dijeron que significaba su nombre. Pero su nombre ya no significaba más que una tortura para la muchacha, puesto que ya no podía soportar oírlo sin pensar en lo que la atormentaba.

Cansada y desesperada de que su familia ignorara sus padecimientos adjudicándolos al cansancio o a su imaginación, ella no tuvo mejor idea que ir con la policía para buscar ayuda, pero la pobre infeliz no halló más que burlas: “Señorita, usted lo que necesita es un psiquiatra”, le contestaron; “Creo que le vendría mejor una internación”, dijo otro de los efectivos; “Debe estar sugestionada por los cuentos del vampiro de Retiro”. Aún perturbada solo pudo repetir “vampiro”, lo que provocó una lluvia de carcajadas a su alrededor. Muerta de humillación salió de la comisaría en silencio con sus mejillas empapadas de lágrimas.

Ya no dormía hacía días, cuando por fin decidió huir de su casa a donde él no pudiera encontrarla. Su cuerpo ya estaba débil por el hambre y los pies le dolían de tanto caminar pero no podía detenerse porque allí estaba esa presencia hostil a su alrededor. Sabía que estaba al borde de un colapso nervioso pero la esperanza de poder escapar le daba fuerzas para no sucumbir. Estuvo deambulando por tres días hasta que encontró una ferretería de barrio con una ventana mal cerrada. Se acercaba la noche y sabía que si tenía un techo por lo menos podría intentar dormir. Luego de varios intentos logró subir a la pequeña abertura y cerrarla desde adentro.

Fue instantáneo, apenas puso un pie en su nuevo refugio se sintió a salvo por primera vez en casi un mes. Por fin podía respirar aliviada. Él se había ido y ella era libre. Entonces lo escuchó: “Date por muerta”. Esas palabras provocaron un torrente de lágrimas en ella, quien ya solo atinó a acurrucarse entre unas bolsas de cemento y esperar lo inevitable. “El vampiro de Retiro”, se recordó a sí misma. “¿Podrá ser cierto?”, sus ojos desesperados buscaron a su alrededor algo que pudiera usar en su contra, más si era lo que ella creía, no tenía esperanza alguna.

«Fue instantáneo, apenas puso un pie en su nuevo refugio se sintió a salvo por primera vez en casi un mes. Por fin podía respirar aliviada. Él se había ido y ella era libre. Entonces lo escuchó: “Date por muerta”»

Ya era entrada la media noche cuando ella empezó a escuchar las sirenas acercándose. Era una trampa, quizás una alucinación, él iba a matarla y nadie podría salvarla pero aun así ella jugaría hasta el final. Se puso de pie y caminó hacia la entrada de la tienda. Él aguardaba desde la oscuridad, podía sentirlo. Se dio valor para emprender su última jugada y después de unos segundos lanzó un largo suspiro y corrió con todas sus fuerzas hacia las luces de colores que asomaban por la puerta de vidrio. Su corazón estaba por detenerse en cualquier momento pero ella corría, la muerte la abrazaba y cuando la sujetó de repente, hundiéndole los finos colmillos en su garganta mientras su sangre la abandonaba, ella no pudo evitar reír históricamente. Fue ahí cuando él lo supo, pero ya era tarde para ambos. Él la arrojó al suelo gritando: “¿Qué hiciste?”, con la sangre aún chorreando de su boca antes de caer junto a ella.

El vampiro en ese momento vio la jeringa con un líquido negro resbalando de la

mano de la joven. “Estás muerto, hijo de puta”, logró decirle ella con una sonrisa, mientras su cuerpo convulsionaba por los efectos del veneno, efectos que él ya estaba padeciendo.

Alfonsina, dispuesta a todo, o eso me dijeron que significaba. ▣

Alejandra Llanos (Flores, 1988). Es bibliotecaria, escritora y artista plástica. Actualmente reside en Marcos Paz con su pareja y su hija. Participó en las dos primeras antologías del taller literario “Algo que decir...” de la Biblioteca Popular Gral. San Martín.

ISA PACK

PAPELERA
MAYORISTA

Seguinos  

011 23509958

VASOS
PLÁSTICOS | TÉRMICOS | POLIPAPEL



BOLSAS
americanas SULFITO & KRAFT

<POTES>
CON TAPA BISAGRA



BANDEJAS
CARTÓN | PLÁSTICO | EXPANDIDO | ALUMINIO *descartable*



CAMISETA | ARRANQUE | POLIPROPILENO
RESIDUOS | ZIPPER | RIÑÓN | COTILLÓN



Muchas **COSAS MÁS**
HILOS | CINTAS | FILMS | BOLIDAS | CUBIERTOS
PLATOS | FOLEX | SOBRES | MOLDES | POTES

Gran Variedad en

<SORBETES>



SERVILLETAS

Las leyes del amor

Por Érica Manrique

Con qué derecho vienes a mi mente cuando escucho una canción.

Con qué derecho vienes a mí cuando estoy leyendo un apunte y por “casualidad”, resulta que la fecha coincide con la de tu cumpleaños.

Con qué derecho vienes a mi mente cuando estoy en una fiesta y me imagino que vas a entrar en algún momento y me vas a tomar de la mano para bailar.

Con qué derecho te presentas en mi insomnio y me abrazas prometiendo paz.

Con qué derecho vienes a mi mente cuando beso a alguien y deseo que seas tú.

Con qué derecho vienes cuando estoy feliz y me imagino que te alegras por mí.

Con qué derecho me miras así, dejando esa mirada perfecta en todas las memorias que habitan en mi cerebro.

Con qué derecho te presentas a la hora de las canciones románticas y me tomas por la cintura, y me susurras al oído.

He llegado a la conclusión que debo ser yo la equivocada y me pregunto:

Con qué derecho nos imagino siendo viejos tomando café y haciendo análisis de poesías, cuentos y novelas.

Con qué derecho te escribo todo esto sin ser mi amor.

Con qué derecho si nunca me diste una razón.

Con qué derecho deseo tu piel si nunca la he rozado.

Con qué derecho te convierto en mi platónico, si muy bien lo dijo Platón que se trata de una idealización.

Con qué derecho te imagino si el destino ya me dijo que no.

Con qué derecho te amo sin haberte conocido un poco.

Con qué derecho te pienso si tú no estás enterado.

Con qué derecho te admiro si sé que estás en el limbo y yo en el abismo por desearte.

Con qué derecho te espero si sé que no vendrás.

Con qué derecho te tengo tan presente, si bien sé que eres uno de esos horizontes al que no debo caminar. ■

La bella Gorgona

Por Jorge Giménez

Me encontré repentinamente frente a ella, su rostro estaba tapado con un bello velo negro con bordados azules, su cuerpo poseía la armonía del infinito universo y a su alrededor danzaban miles de criaturas invisibles. Era un ser de este mundo, pero de otros tiempos, una manifestación mitológica de mis sueños y quizás una placentera pesadilla que solo yo deseé tener.

No sé cómo ni cuándo llegué a ese lugar, tan solo recuerdo una luz blanquecina que se desprendía del techo de mi habitación como si se

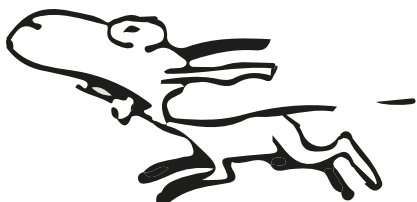
tratase de una manifestación celestial, en ese momento tuve la sensación de que mi mente se expandía a límites surrealistas hasta cruzar al terreno de lo inusual.

Yacía parado en una colina, sobre mi cabeza un cielo rojizo se agitaba siniestramente, el paisaje era solo desierto y más desierto, naturaleza muerta de vivos colores que se asemejaba a algún infierno dantesco; y de la nada aquella extraña fémina apareció. El caos que se gestaba en mi mente era invencible e inevitable, todo mi

cuerpo se detuvo al verla; todo el microcosmos dejó de moverse, menos ella. Con sus frágiles dedos, delicadamente, tomó el velo negro que cubría su rostro y dejó que admirara su belleza: labios de un exquisito rojo natural, profunda mirada azul, y lo más exótico, maravilloso y poético: sus cabellos que habían mutado en graciosas serpientes negras de diabólicos ojos rojos que se retorcerían cual danza macabra y emitían un estremecedor sonido que provenía de sus lenguas bifurcadas.

Dos pasos me alejaban de la Gorgona, dos pasos que me acercarían a mi destino; y forzosamente me vi obligado a caminar hacia ella. Ya frente a frente sentía que su infecto aliento me ahogaba, pero a pesar de todo me invadió un

irrefrenable deseo de besar sus labios aun sabiendo que me iba a costar caro semejante osadía. Mis manos quedaron atrapadas en aquel hervidero de serpientes al tratar de tomar su cabeza, mientras seguía sumergida en un inalterable mutismo y así permaneció cuando la besé, no me evitó ni me advirtió sobre las consecuencias. Fue en ese instante de éxtasis que sentí cómo todo mi cuerpo se tornaba gris y mis músculos duros e insensibles, la petrificación avanzó rápidamente hasta llegar a mi cabeza y quedar totalmente muerto por fuera y por dentro como una estatua. Me desperté casi asfixiado, miré el sol que cruzaba por mi ventana y fui en busca de aquel sueño hasta quedar atrapado eternamente en él. ▣




JORYTIN DIVERSIÓN

Alquiler de
-Inflables
-Plaza blanda
-Livings
-Gazebo
-Cama Elástica



/Jorytindiversion



1151324365




Jorytin.Diversion

CONSULTÁ
NUESTROS PRECIOS



SUPREMAS SUPREMAS RELLENAS
MILANESAS DE MUSLO
BASTONES DE MUZZARELLA
BOMBITAS DE PAPA
MILANESAS DE PESCADO
MATAMBRE DE POLLO

Teléfono: (0220) 477-5100

 1160264006
1123421345

 Granja Los Abuelos
Dirección: Rivadavia 2971

UN
EMPRENDIMIENTO
DE CARMEN Y
DANIELA PELTZ

El loco. Cansino

Por Roberto Fontanarrosa



Para que usted tenga una idea de qué tipo de futbolista era ese muchacho, le cuento que jugaba llorando. Pero no le digo llorando porque protestaba o porque se la pasaba quejándose a los árbitros o esas cosas que nos han dado a los argentinos la fama de llorones, no.

El Loco Cansino lloraba en serio, con lágrimas, desconsoladamente, mientras llevaba la pelota. Yo lo he visto. Parece algo digno de risa pero créame que era una cosa bastante impresionante. Cómo decirle... angustiante.

Cansino entraba a la cancha muy serio, no sé si concentrado o qué, pero usted lo veía serio, el ceño fruncido, con la vista perdida sobre el césped, parecía que no se fijaba ni en los adversarios ni en la gente que había ido a la cancha. Y le aseguro que por ese entonces iba muchísima gente a la cancha de Sparta, muchísima. Porque tenía un equipazo. Jugaban el Gringo Talamone, el Negro Oroño, Sebastián Drappo, que después fue a Racing, la Garza Olmedo, que era el arquero, y otros más que ahora escapan a mi memoria

pero que ya me voy a acordar.

Pero la figura, la figura, era Cansino sin duda alguna, el Loco Cansino. Y mientras el partido iba bien, digamos, mientras no fueran perdiendo, Cansino se mostraba normal, calmo, tranquilo. Jugaba ahí, en su punta, participaba poco del juego, la pedía de vez en cuando, al estilo de los viejos punteros derechos, que no se movían de al lado de la raya. Hasta daba la impresión de ser un poco frío, de no interesarle demasiado el partido.

Pero si los rivales hacían un gol, se ponían en ventaja, ahí Cansino se ponía a llorar.

No le voy a decir que se ponía a llorar de golpe, de repente. Pero era una cosa como que entraba a hacer pucheros, a aspirar aire, a fruncir la cara, y ya la gente empezaba a prestarle más atención a él que al partido porque sabía que Cansino se iba a largar a llorar.

Era una cosa bastante dramática, permítame que le diga. Bastante dramática. "¡Aguante, Cansino! ¡No es nada, Loco, ya van a empatar, no llores!" lo alentaban desde la tribuna, porque a la gente le daba no sé qué verlo así, tan sentido. Pero se largaba a llorar nomás, como los chicos. Y le cuento que Cansino, cuando pasó por Sparta ya andaba cerca de los 30, debía ser un muchacho de 28, 29 años.

Le juro que entonces, ya perdiendo uno a cero, se venía para el medio, era como que no podía esperar a que la pelota le llegase a la punta. Se venía para el medio y empezaba a conducir el juego, pero no dejaba de llorar, desconsoladamente lloraba, daba pena verlo pobre muchacho. Era algo desgarrador mirarlo correr con la pelota, levantando la cabeza para localizar a sus compañeros, saltando sobre las barridas de los rivales y llorando a moco tendido, la boca abierta, colorado por el esfuerzo, las venas del cuello hinchadas a punto de reventar.

Lo notable es que los árbitros no sabían cómo tratarlo, no hay en el reglamento ninguna regla que estipule que un jugador no puede jugar llorando. Que no pueda insultar, sí, está contemplado, o gritarle al referí, bueno, vaya y pase (o como ahora que no está permitido seguir si un jugador está sangrando), pero nunca el reglamento dijo algo sobre un jugador que llorara. Lo dejaban, entonces.

Me acuerdo de que hubo un árbitro muy

grandote, el Inglés Mackinson, que la primera vez que lo vio así trató de consolarlo porque él mismo, Mackinson, ya tenía los ojos enrojecidos, vidriosos. Vio usted que hay gente que cuando ve llorar a otra persona, llora también. Paró el partido y le habló, agarrándolo de un hombro, paternalmente.

Pero no hubo caso, Cansino se contuvo un momento, tratando de aspirar hondo para cortar los sollozos; apenas reanudado el juego empezó de nuevo a puchear y enseguida volvió al llanto.

Se imagina que a la hinchada de Sparta la cosa mucho no le gustaba porque era motivo de la risa de las otras hinchadas. De las risas y de las cargadas. Si hasta llegaron a decirles "los llorones" a los hinchas de Sparta, por causa de Cansino.

Por otra parte, en esos momentos era cuando Cansino, desesperado por el resultado adverso, podía conseguir los milagros más conmovedores, futbolísticamente hablando. Era ahí cuando se hacía dueño de la pelota y podía dar vuelta un resultado con una facilidad asombrosa. Gambeteaba de a cuatro, de a cinco rivales, hacía jugadas que yo, después, no he visto hacerlas a nadie, podía dar vuelta un partido él solo aunque fuera perdiendo por 3 o 4 a 0.

Después, cuando Sparta lograba empatar, Cansino ya se calmaba. Casi ni gritaba el gol del empate, le digo. Se abrazaba con sus compañeros, eso sí, y se limpiaba los ojos con la manga de la camiseta. O con un pañuelo mugriento que siempre llevaba en la media. En ocasiones los mismos árbitros le alcanzaban un pañuelo y en una oportunidad lo vi secarse los ojos con el banderín del córner luego de lanzar el centro que determinó la paridad en el marcador.

"Escaso nivel de resistencia ante la adversidad", así me lo definió el doctor Suárez una vez que le pregunté, preocupado, por el caso de Cansino. Porque, indudablemente, como periodista deportivo del matutino "Democracia", el caso me interesaba.

Consulté a Suárez, asimismo, y ya en otro orden de cosas, si había alguna condición física, alguna anomalía incluso, que generara esa capacidad que Cansino tenía para la gambeta. *"A veces se presenta una distorsión congénita -recuerdo perfectamente que me dijo el doctor Suárez, médico del Sparta- que genera una apreciable diferencia entre un hemisferio del cerebro y el*

otro, lo que produce en el paciente una distinta captación del tiempo y el espacio. Esto, en algunos casos, motiva una distinta relación en el equilibrio, y es por eso que Cansino puede intentar algunas cabriolas, o recuperar la vertical en una forma totalmente imposible para el resto de los mortales".

Alguna explicación de ese tipo debía de haber porque era insólito lo que hacía este muchacho en la cancha. La ley de gravedad no parecía existir para él y a veces uno sospechaba que tenía un radar de esos que tienen los murciélagos dada su capacidad para no chocar contra los objetos sólidos. Pasaba entre una multitud de piernas, zigzagueando, sin tocarlas, cambiando el ángulo de su carrera a medida que lo iban bloqueando, modificando incluso su volumen corpóreo como si fuese líquido, como si fuese de mercurio, en procura de evitar los choques.

Era, por supuesto, imprevisible, y por eso le decían "El Loco". Podía arrancar, de pronto, hacia su propio arco, como si hubiese perdido el sentido de la orientación, como esas tortugas que ante explosiones atómicas han perdido la brújula genética que les indica dónde se encuentra el mar. O, de repente, llegaba hasta la línea de fondo y echaba el centro hacia el lado de afuera de la cancha, estrellándolo contra el alambrado. Para no contar las veces en que, de repente, se iba de la cancha, murmurando cosas, hablando solo, hasta meterse en el túnel.

Nadie se animaba a decirle nada porque, por sobre todas las cosas, Cansino era muy manso, muy buen muchacho, muy dócil. Le digo esto porque un par de veces yo fui a hacerle alguna entrevista a los entrenamientos y me atendió con mucha cordialidad. Pero, eso era cierto, se le notaba que no era un muchacho muy normal. O, digamos, yo ya comencé a percibir que, en él, se estaba desencadenando lo que después terminó como terminó.

La primera vez que le hice un reportaje fue acá en el centro, en el Hotel Italia, donde él paraba. Recuerdo que nos sentamos a tomar un café y me esquivaba la mirada. Otro detalle que recuerdo perfectamente, porque me impresionó mucho, fue que transpiraba. Transpiraba muchísimo, y era pleno invierno. Yo le hice una pregunta y no me contestó, no me contestó nada.

Había empezado a mirarme con cierta molesta fijeza. Pensé que no me quería contestar aquella pregunta que ya no recuerdo pero que, sin duda, era una pregunta absolutamente convencional y tonta, como ser dónde había nacido o cosa así. Intenté entonces con otra, que tampoco me contestó. Opté por una tercera, ya francamente incómodo e inseguro: considere usted que yo era un pibe de poco más de 20 años. A la quinta pregunta, Cansino modificó un poco su postura en la silla, me señaló su oreja izquierda y me dijo: "Hábleme de este lado, porque no escucho nada con el otro oído". Yo le había estado hablando sobre el oído sordo.

De ahí en más pude hacerle la entrevista y me encontré con la sorpresa de que era un hombre muy culto. Me habló de los inconvenientes que debe superar un joven de clase trabajadora para acceder a los primeros niveles en el orden del deporte, del fino y personalizado trabajo artesanal que hay en la confección de una pelota de fútbol, del elevado porcentaje de lactosa que se encuentra en un litro de leche de vaca y de la reconstrucción

de la ciudad de Constantinopla luego de haber sido destruida por la Cuarta Cruzada a los Santos Lugares.

Era un poco errático en materia de conversación, lo admito, pero muy interesante. Lo del oído lo comenté después con el doctor Suárez y él me corroboró que ese tipo de disminución auditiva influía en gran medida en el sentido del equilibrio, tema que ya habíamos tocado en relación con la gambeta. Había algo inconexo en él; debido a eso, había un quiebre del equilibrio o de la inercia que lo hacía imprevisible.

En aquel campeonato regional del año 37, gracias a Cansino, Sparta se prendió en las primeras posiciones, cosa que nunca había conseguido. Pero a medida que se acercaba la definición del campeonato, la conducta de Cansino se hizo más y más extraña. Nunca se mostró agresivo o violento, pero siempre daba la nota con algún detalle fuera de lo común o medio raro. Salía a la cancha, por ejemplo, con una toalla rodeándole el cuello, como si recién se hubiera bañado. Había referis que se la hacían quitar, otros se hacían los

El humor gráfico de "el Negro"

Fontanarrosa y la política

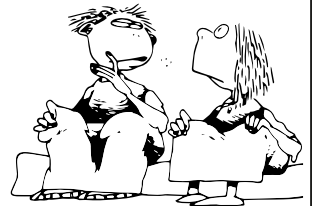
Porque yo, mi estimado periodista, no soy como otros, que cambian de bandera según la ocasión. Que hoy son una cosa y mañana son otra. Yo, mi amigo, a través de mi extensa trayectoria política he sido siempre, siempre, oficialista



..entonces el lobo soplo y soplo y soplo hasta que tiro abajo la casa de ramas hecha por el chanchito "



Mejor no le pedimos más que nos lea este cuento. Está muy sensibilizada con eso de los desalojos



distraídos, pero no era un detalle que pasara desapercibido pese a que le estoy hablando de una época en que los árbitros dirigían con saco y, a veces, los arqueros usaban sombrero, pero sombrero de fieltro, funyi.

Por esa época, Cansino empezó a escuchar voces, afirmaba que escuchaba voces que le hablaban en otros idiomas. Y lo que era más raro, las escuchaba en el oído sordo. En Sparta lo tenían entre algodones, preservándolo para la final, especialmente el ingeniero Wernicke, el presidente del club. Wernicke, muy preocupado, me decía: *"Yo fui el que lo traje al club. Y cuando lo contraté sabía que le decían 'El Loco', como se les dice a tantos wines derechos, pero no sabía que era loco de verdad"*.

Hacía bien en preocuparse Wernicke, quien además quería mucho a Cansino. En la semana previa al partido final contra Deportivo Federación, Cansino empeoró. Lo encontraron una noche caminando desnudo por las terrazas en la manzana de la pensión donde vivía. Dijo que estaba entrenando. O caminaba por calle Córdoba señalando con dedo índice hacia el cielo, vocalizando como si hablara pero sin emitir sonido. La gente no le decía nada porque lo reconocían. Lo reconocían porque andaba siempre con la camiseta de Sparta puesta, debajo del saco y la corbata.

Dos días antes del partido me enteré que lo habían llevado a un manicomio. Una cosa muy mesurada, hecha bajo cuerda para que no tomara estado público, pero con la intención de que lo trataran, lo sedaran, procurando que para el domingo estuviera bien. Un tratamiento rápido, por supuesto, de shock se diría ahora.

El sábado lo fui a ver, con una curiosidad más humana que periodística. Le estoy hablando de una época en que había menos canibalismo periodístico, no existía esa compulsión hacia los escándalos y las noticias rimbombantes. De ser así... ¿cuántos periodistas hubieran dado lo que no tenían para disponer de una primicia como la que yo sabía, revelada por el propio presidente del club?

Me fui a Oliveros, entonces, donde había por entonces, una pequeña casa de reposo, de salud. Y ahí estaba Cansino. Le habían hecho un tratamiento de electroshock que le había chamuscado casi todo el pelo. Él tenía un pelo bastante

mota, renegrido y, cuando yo llegué, todavía le humeaba. Se imagina usted que, por esos años, no había un cabal conocimiento del manejo de la energía eléctrica y esos tratamientos se hacían un poco a lo bestia. Le conectaban unos alambres, le humedecían la ropa para que hubiera una mejor transmisión de la corriente y ahí le sacudían. Cuatro, cinco veces, las que fueran necesarias. El doctor que estaba a cargo del establecimiento me dijo que también le habían suministrado unas inyecciones de láudano, tilo y mercurio, para tranquilizarlo. También me contó que indudablemente la práctica del fútbol había empeorado la disfunción mental de Cansino, aquella descoordinación entre un hemisferio cerebral y el otro, de la cual me había hablado Suárez.

"Cada vez que este muchacho va a cabecear, y cabecea -me dijo-, el cimbronazo del impacto descoloca un poco más la armonía entre un hemisferio y el otro, haciendo más grande la grieta entre ambos".

De todos modos, la verdad es que Cansino lucía tranquilo, calmo. Se paseaba entre los otros pacientes con una sonrisita por esa especie de parque que tenía la clínica. Me reconoció enseguida y fue muy cordial conmigo. Me dijo que iba a jugar al día siguiente, que estaba perfecto. Me preguntó si yo sabía idiomas, porque creía reconocer la voz mía entre las voces que solía escuchar, habiéndole en portugués. Le dije que no, que lamentablemente sólo hablaba castellano. Incluso en un rasgo de sensatez me consultó cuál sería la formación del equipo de Sportivo Federación al día siguiente, y si había llegado al país en el dirigible Hindenburg. Ahí la pifiaba feo porque Federación era un club de acá nomás, de Roldán. Pero no lo encontré mal, dentro de todo.

Al día siguiente, el domingo, fui a la cancha. Había un gentío impresionante. Era la final, creo que ya le dije. Y el Loco Cansino salió con el equipo, lo que provocó una algarabía enorme entre la hinchada de Sparta porque algo había trascendido sobre su internación y había rumores de que no iba a jugar. Humeaba un poco, todavía, o al menos así me pareció a mí, pero también es posible que haya sido ese vapor que se desprende de los jugadores cuando están transpirados por el calentamiento previo y salen al frío del invierno.

Eso sí, lo noté algo descoordinado en los movi-

mientos. Se hizo la señal de la cruz -yo no sabía que era tan católico- tocándose la frente, un hombro, una cadera, la rodilla derecha y el otro hombro. Luego se le producía un estremecimiento facial, una contracción como la que ocurre cuando uno bebe algo muy ácido. Pero estaba bien.

La cuestión es que empezó el partido y Federación metió un gol, así nomás, de arranque. Y, por supuesto, curado o no curado, contenido o no contenido, el Loco se largó a llorar, lo que produjo la burla, la cargada, el sarcasmo de la hinchada rival que había llegado en buen número.

Era algo contradictorio porque, como ya le he contado, Cansino lloraba y metía pierna como el que más, trababa más fuerte que ninguno y gambeteaba a cuanto rival se le cruzara. Sin embargo, todo su esfuerzo fue en vano. Cerca del final del primer tiempo, Federación metió el segundo gol. Era más equipo, buscar otras explicaciones sería faltar a la verdad. Más equipo. Empieza el segundo tiempo y el Loco estaba desatado.

Lloraba y metía centros, lloraba y pateaba al

arco, lloraba y eludía a los adversarios. Cerca de los 20 minutos hizo una jugada bárbara y se metió en el arco con pelota y todo: 2 a 1.

En eso, yo, que estaba agarrado al alambrado, cerca de los palcos para la prensa y las autoridades, entre el griterío de la gente escucho una sirena. Me doy vuelta y veo llegar, por detrás del estadio, una ambulancia, a toda velocidad. Enseguida entran al estadio un par de enfermeros, con el médico que yo había conocido en la casa de salud de Oliveros y se dirigen corriendo hacia el palco del ingeniero Wernicke. Me acerco, entonces, a riesgo de que me consideraran un entrometido. Y escucho que el médico le cuenta al ingeniero que Cansino había matado a uno de los pacientes de la clínica. Se suponía que lo había degollado con un vidrio durante la noche, pero había escondido el cuerpo bajo la cama de su propia habitación y los enfermeros recién lo encontraron al mediodía, cuando a Cansino ya le habían permitido volver a Rosario para jugar el partido. Según el médico, había que encerrarlo de inmediato porque era muy peligroso.



LIBRERÍA



"Ale"

Artística | Fibrofácil | Yeso
Artículos escolares | Fotocopias



“Yo vi la cara del presidente y comprendí de inmediato el intenso conflicto emocional que lo invadía en esos momentos. Cansino era fundamental para alcanzar el empate que les permitiría consagrarse campeones”

Yo vi la cara del presidente y comprendí de inmediato el intenso conflicto emocional que lo invadía en esos momentos. Cansino era fundamental para alcanzar el empate que les permitiría consagrarse campeones. Le pidió, entonces, le rogó, al médico, que le diera a Cansino diez minutos más de libertad. El médico accedió, en parte porque le gustaba el fútbol, y en parte porque estaba esperando la llegada de la policía para dominar a Cansino.

Diez minutos después, exactamente diez minutos después, Cansino hizo otra jugada extraordinaria y le sirvió el gol al Valija Molina, un nueve grandote que era muy bruto pero que siempre la empujaba adentro. Molina hizo el gol y, automáticamente, toda la hinchada de Sparta invadió la cancha, para festejar.

Fue lo que aprovecharon la policía y los enfermeros, junto con nosotros, para correr hacia donde todos los jugadores de Sparta celebraban apilados: una decisión providencial, creo. Cuando llegamos hasta la montaña de jugadores, debajo de dos o tres de ellos, Cansino, rojo, desenchajado, estaba estrangulando a Sturam, al petiso Sturam, el cuatro de su propio equipo con un alambre de enfardar.

Se le tiraron encima los enfermeros, los policías y hasta el presidente mismo para contenerlo.

Después la prensa, desinformada, acusó a la policía de parcialidad manifiesta por unirse en el festejo de la conquista. Lo cierto es que, en el remolino de gente, lo agarraron a Cansino entre muchos y se lo llevaron para el túnel.

El partido no pudo reanudarse, había mucha gente dentro de la cancha y en realidad faltaban nada más que dos minutos. Entre la algarabía de la hinchada, yo escuché las sirenas de las ambulancias y de la policía alejándose. Fue la última vez que pude ver a Cansino. El club notificó luego que lo habían vendido a Montevideo, hubo trascendidos de que se había retirado del fútbol. Pero lo cierto es que nadie supo nada más de él.

Quedó como un héroe, eso sí. Vaya usted y pregunte a los viejos hinchas de Sparta por el Loco Cansino y todos se van a llenar la boca de elogios hablándole de él. Yo estuve tentado un par de veces de irme para Oliveros porque tenía la sospecha de que lo habían vuelto a encerrar allí. Pero vio cómo son estas cosas, va pasando el tiempo, uno se ocupa de otras cosas, y al final no va nunca. Pero... qué wing derecho era el Loco... Qué wing derecho. ■





Los portadores

Por M. M. Álvarez

Ilustrado por Fede Avila Corsini

¿Y qué si podemos evadirla? No todo lo que proporciona placer es necesariamente bueno; y la longevidad extrema, dictaminada por el hacinamiento de horas vividas, llegará el momento en que se verá suspendida y cuestionada.

Alfredo Nazar

*E*n mi mano izquierda sostengo la correa del perro. Aunque nueva es áspera al tacto. El pequeño nunca se acostumbró -¿en verdad se nos había cruzado tal idea por la cabeza?- y hoy mi primer impulso fue sacársela por miedo a que se ahorcara. Pienso que todavía nos falta darle la vacuna contra la rabia.

Comemos afuera. La noche está agradable, pero no obstante, una brisa fresca acaricia la piel y los árboles tiemblan.

—¡Mirá, papá!— grita la menor de mis hijas, con el mentón tan arriba que apenas puedo distinguir sus ojos—. ¡El cielo está roto! ¡Está roto! —Y gira como un trompo, extendiendo los brazos, haciendo ondear su vestido de verano, el cual pareciera que en cada vuelta encerrara los misterios del universo—. ¡Es como vidrio en las estrellas!

Mi esposa sirve el vino en las copas altas -no puedo evitar distinguir que la base de una de ellas está astillada, producto de mi incapacidad por cuidar los objetos más frágiles de la casa-, y el chorro púrpura tiñe el cristal. Lo pruebo. A continuación, posando una mano en sus caderas, le digo que me gustaría un poco de hielo, por favor. Bien sabe de mis preferencias por las bebidas frías. Luego de hacerlo sonríe y se aleja hacia donde están las niñas. Ahora las tres yerguen sus cabezas. El pelo cobrizo les llega hasta la mitad de la espalda. Las veo inclinarse hacia los lados, como si se estuviesen mareando al perder el equilibrio.

La noche es preciosa. Cruzo las piernas y raspo con la uña el envase de telgopor que utilizamos para las conservas. Trato de poner la mente en blanco y de no emitir sonido alguno, mientras grabo aquel instante. Las capturas son exitosas, se suceden una tras otra en cada pestañeo.

El cachorro, enloquecido, corre alrededor de la mesa, y en ocasiones se aferra al borde haciendo que los cubiertos se entrechoquen y tintineen.

En las alturas el cielo parece estar dinamitado, y mis mujeres, bajo su hechizo, oscilan sobre su eje como un par de bolos que luego de una mala lanzada lucharan por mantenerse en pie. Me da miedo verlas así: tan indefensas al paso del tiempo. Ojalá pudiera hacer algo más que solo desear que lo inevitable no ocurriese. ¿Pero qué otra cosa puedo pedir? Son todo lo que una vez

imaginé. Y de forma súbita, mi perspectiva, que hasta entonces había permanecido inmune a la negatividad, es obcecada por la irrupción de otra clase de punto.

Por unos segundos mi respiración se detiene.

La chapa color musgo del Renault 4, quien hasta el final mi viejo lo llamó cariñosamente el “cuatro ele”, despide filosos destellos lunares.

El perro ladra, pero el sonido que emite es como un eco extraviado en la distancia.

Mis mujeres y su grotesco balanceo se bañan en el fulgor de las estrellas. Creando una oleada de dulce náusea.

Mi uña se clava en el telgopor. La astilla de la copa incrementa unos centímetros.

¿Cuánto de todo esto soportaría perder sin antes degustar la bilis de la locura?

Ocurrió sobre el abotargado magma de una tarde de verano. Lo del cáncer ya había perdido vigor y estaba prácticamente digerido. Aunque por debajo de todo eso aún se debatía con un sufrimiento callado y sigiloso.

Ahora, si tuvo que recurrir al alcohol, había sido por el constante sometimiento a la sustancia incolora que retiene los cuerpos al plano de la vida. Y a pesar de que su mujer ya no soportara besarlo en la boca por la hediondez de su aliento, la bebida lograba centrar su postura frente a la eventualidad.

Mordiéndose la parte interior de las comisuras hace un círculo con la punta de los zapatos en el polvo acumulado. Se da cuenta que tiene los cordones desatados y cuando intenta agacharse nota que alguien se sienta a su lado. Es pesado, lo intuye por cómo las despintadas maderas del banco ceden ante el encuentro de su cuerpo. Procede haciendo un meticuloso nudo y volviendo a su posición inicial disimula interesarse por el tráfico acumulado a su derecha.

La plaza donde se encuentran se halla tranquila: un puñado de parejas recorren los senderos tomadas de la mano y un conjunto de niños disfruta de los juegos, ubicados bajo la sombra de un grupo de abetos.

Por el rabillo del ojo descubre que el recién llegado juguetea con los pliegues que se han formado en su pantalón al sentarse. Pequeñas cordilleras abultadas de aire, piensa. Extraña escribir, pulsar las teclas con la seguridad de una

trama convincente.

—Necesito de su ayuda —le dice el sujeto.

En un principio entiende que puede estar hablando por teléfono o evocando la frase de algún libro. Pero el silencio se alarga y no puede evitar que su garganta se contraiga y que un enjambre eléctrico le recorra toda la columna. Tiene la sensación de que su mera presencia corrompe el sitio donde están. Volviéndolo de cierta manera, mundano.

—¿Cómo dijo? —le inquirió con el tono propio de alguien que duda que lo hayan confundido con otra persona.

—¿Le agradaría ponerle fin a todo esto?

—¿Acaso lo conozco? —dijo levantando una de las cejas.

—No.

—Ignoro a qué se refiere entonces.

—¿Conoce usted la expresión: un óbolo bajo la lengua?

—Lo dudo.

—Para nosotros significa que pagamos la transición y dejamos de ser, para continuar siendo.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—En la Antigua Grecia se creía que los muertos debían dar una ofrenda a Caronte, el barquero que se encargaba de guiar a las almas vagabundas a través del río Estigia, según Virgilio. ¿Está familiarizado con el mito?

—Por desgracia, no.

—En fin, al grano. —Largó un bufido y se pasó una mano por la nuca—. ¿Le agradaría ponerle fin a todo esto?

—Otra vez con lo mismo. No lo conozco y no sé de qué habla. ¿Ponerle fin a qué?

—¡A mi vida! —gritó golpeándose violentamente el muslo con el puño cerrado.

—¿Qué? Está bien, disculpe pero tengo que irme.

—Algunos de nosotros creemos que esto puede remontarse al descubrimiento de las Indias. Al vestigio de algún tipo de ritual diseminado por Europa a manos de un conquistador. Conocí a un muchacho, hace tiempo, cual hipótesis giraba en torno al *blót*, un culto pagano escandinavo. Para él los culpables eran los dioses y los espíritus de la naturaleza. Sin embargo nadie está seguro. Si algo

UNICO!

MOVIES - MUSIC - GAMES

Belgrano 2107

 011-3920-0424

tienen en común estos casos aislados es la insuficiencia de datos con respecto al origen de su propagación.

—Adiós.

—Aguarde —dijo, y luego de una pausa prosiguió—. No se preocupe. Si usted acepta el trato va a olvidarse de su enfermedad y tendrá cientos de oportunidades para volver a ser el de antes y estar con ellas.

—¿Cómo dijo?

—Las copas altas, ¿me entiende? Y sus hijas danzando.

Se había parado para retirarse pero aquellas palabras lo detuvieron en el acto. No creía posible que su memoria hubiese sido violada tan impunemente. Sentía como si un intruso hubiera revuelto sus sesos con un par de pinzas, buscando las más jactanciosas pertenencias. A la vez un pensamiento secundario se posó por encima de las reveladoras palabras del sujeto. Observó que debajo del banco había mucha más tierra de la que imaginaba, y que sus zapatos, al haber estado en aquella zona, se habían ensuciado lo bastante como para tornar el pardo original en un gris ceniza.

Ya iban a cumplirse casi dos semanas sin que una gota de lluvia cayese y por la evidente sequía la tierra comenzaba a agrietarse.

Al igual que el suelo, necesitaba de un par de tragos.

¿Por qué estás llorando? Le había preguntado su amiga aquella mañana. Se estuvieron pasando el porro, acostadas boca arriba sobre la cama y escuchando los vinilos de su padre.

Quizás, si ella hubiese estado debidamente informada, si hubiera sentido aunque sea lo que deambulaba dentro de su cabeza, habría podido formular una cuestión más precisa.

¿Por qué estás llorando? La pregunta sugería tantas respuestas posibles como estrellas hay en el cielo y era impensado volcar todo el sentido de una sola vez. Su amiga, si es que pretendía hacerle comprender su situación, debería tener en cuenta varios factores: ¿cómo explicarle que ya no existía la opción de volver hacia atrás, que su vida —si es que a aquella intrincada aritmética se la podía denominar de esa manera— pendía de un hilo que únicamente ella, no la fatalidad, tendría

el poder de cortar; que el trato que había hecho con aquel tipo era sagrado y nada, salvo un traslado de conocimiento, lograría quebrantar? ¿Por dónde empezaría si es que valía la pena empezar por algún lado?

Y algo que realmente no le dejaba conciliar el sueño era: ¿qué tipo de poder habría iniciado semejante serie de favores? Uno que por lo visto se alimentaba de la confianza ciega, ya que no había otro tipo de garantía que la enfática e insidiosa voz que la solicitaba. Por ello su cabeza estaba rebosante de dudas. Se asemejaba a un campo donde lo único que pastaban las reces de sus pensamientos eran únicamente malas hierbas. Y en el hipotético caso de que su amiga le recriminara una respuesta creíble al porqué de haber admitido este nuevo peso en su vida, estaba preparada para regalarle una bonita frase que, por supuesto, no había nacido de ella: Es lo que se llama un óbolo bajo la lengua.

El cura se le había aparecido al despertar de un sueño tan blanco y vacío que una vez que lo descubrió, sentado a su lado en la camilla de hospital donde se hallaba, consecuencia de un accidente de tránsito —una camioneta perdió el control y la embistió mientras trotaba por la bicisenda—, su imagen la impactó. Fue como recuperar la vista después de una dolorosa operación de córnea; como encontrar una enorme tarántula en medio de una pared recién pintada. No se asustó, al contrario, le maravilló su presencia y la manera en que los contornos de su indumentaria oscura resaltaban en la esterilidad de la habitación.

No podía hablarle y él lo sabía, continuaba somnolienta, por ello tomó la iniciativa y rompió el silencio de la forma más inesperada.

—*Same old song, just a drop of water in an endless sea* —cantó y fue su voz, dulce y acompañada, la que abrió un surco en el aire—. *All we do crumbles to the ground, though we refuse to see. Dust in the wind...**

Sumergida en la pesadez de los fármacos no hizo más que sonreír. En ese momento se percató de lo apretado que estaban los elásticos de la mascarilla que le proveía el oxígeno.

Abrazó la imagen sin prejuicios. Le causó hasta ternura el barbijo corrido hacia abajo, al igual que el immaculado plástico del alzacuello,

emergiendo de su camisa como la punta de un iceberg. Fue así que se detuvo en cada detalle de su visitante. En su pelo cortado a máquina, su frente espolvoreada de lunares, y sobre todo, en el guardapolvo que sostenía en un brazo, cuales mangas se desparramaban hasta la mitad de la cama.

A pesar de no controlar sus facultades, estaba dispuesta a cortar con la agitación que la invadía. Quería vivir, era tan simple como eso. Volver a sentir los rayos del sol colándose por una ventana abierta, calentando sus sábanas, produciéndole esa sabrosa picazón que nos impide abandonarlas.

Era una buena señal aferrarse a esas cosas, y una señal era mejor que nada.

Prendió otro cigarrillo; era el tercero, los anteriores habían sido fumados casi por inercia. Miraba la vidriera, penetrando con los ojos a través del cristal. Uno de los maniqués tenía puesto un disfraz de pirata y el otro de policía. Dio una pitada profunda, que consumió la mitad del tabaco, y manteniendo el cilindro entre los labios

largó el humo por la nariz. Se acercó haciéndose pantalla con ambas manos e indagó en el fondo del local. Había infinidad de disfraces allí dentro, colgando de perchas y tapados cada uno por sus respectivas bolsas transparentes.

Su primera idea, la que lo asaltó mientras sumergía el cuerpo en la tibia agua de la bañera, había sido ponerse en la piel de un oficial, pero al cabo de un momento, cuando el aire comenzó a faltarle, emergió, el flequillo mojado pegado a la cara, con la sensación de que las cosas podrían llegar a dificultarse, y eso era lo último que necesitaba. Lo que sí necesitaba era actuar, de alguna forma, pero actuar. Ya no lo soportaba.

El tañido de las campanas, proveniente de la iglesia del centro, le hizo despegar la nariz achataada de la vidriera. Tiró el cigarrillo al suelo. Hacía un par de meses que solo compraba mentolados. Lo machacó con el talón y entró a la tienda.

Dentro estaba fresco. Daba la fuerte impresión de que el aire acondicionado se encendía mucho antes de abrir las puertas al público.

El sujeto que regentaba el lugar dejó rápidamente lo que estaba haciendo en la computadora.

BORDADOS

Bonhomía



/Bordados Bonhomía



/bordadosbonhomia

TALLER DE BORDADO

Horarios: miércoles de 9:30 a 11:30 / 14:00 a 16:00 / 18:00 a 20:00

Duración: 1 mes

Traes: Bastidor y aguja para bordar

Te doy: Tela y lana

Consultas: 01136859816

**Todos los
medios
de pago**



—¡Pase y vea! —dijo con la máscara de gorila amortiguando su voz. Era bastante realista, había que concederle eso. Sin embargo el efecto se esfumaba al mirar hacia abajo. Uno se topaba con el resto del animal: una remera holgada y unos pantalones cortos.

—¿Usted siempre es así? —le preguntó hundiendo las manos en los bolsillos.

—¿Así cómo?

—Tan... alegre. —Sentía que cada párpado le pesaba una tonelada.

—El trabajo así lo amerita, señor —le dijo mientras acomodaba un pilón de folletos, ansioso por retomar lo que había dejado—. Sea bienvenido, y por favor, avíseme si necesita algo.

—¿Tienen puesto los precios? —Escudriñó el fondo del local y de nuevo al empleado con rostro de gorila.

—No, me los acerca y yo se los digo.

—Esta bien. Gracias.

—De nada. Pase y vea.

—Lo envidio, ¿sabe?

—¿Perdón?

—Nada. Solo pensaba en voz alta.

Y se perdió entre las cientos de bolsas de disfraces.

—Te estarás preguntando si soy un doctor o un sacerdote, ¿no es así?

Desde la camilla, ella abrió los ojos y asintió con la cabeza. Se sentía tranquila e infantil, como si la persona que le estuviese hablando fuese en realidad su propio padre.

—Digamos que soy lo que soy. Y en este momento soy alguien que conoce tu diagnóstico, y a la vez alguien que puede ofrecerte una salida —dijo, echándole una rápida mirada al picaporte por si este se movía—. Tengo ciento dos años y creo que en el tiempo que me tocó vivir de más he podido enderezar todas las cosas que habían estado torcidas. —Infló el pecho y suspiró—. Pero nada te prepara para ver morir a las personas más queridas. Claro que no. Mi madre solía decir: la pérdida no significa que estemos perdidos. Era una mujer sabia y perspicaz. Ya no está, se la llevó la enfermedad que supuestamente iba a acabar conmigo, como tampoco lo están mis hijas y mi esposa, puede que por haber dilatado la fibra del cosmos. Y lo único que pienso es en reencontrarme con ellas.

«No te aseguro que lo que vayas a elegir carezca de disgustos. Portar esto es demasiado doloroso. Pero voy a ser sincero: nadie va a quitarte la posibilidad de enmendar tus errores, nadie va a poder decirte hasta dónde llegar.»

«Tenemos una frase...»

Las lámparas de color rosa eran cuatro y desde cada esquina del espejo arrojaban su luz sobre el rostro de la muchacha. A los catorce había deseado convertir su cuarto en una especie de camarín, como el de las artistas que tanto le gustaban, y su padre, cansado de tantas réplicas, terminó por darle el gusto.

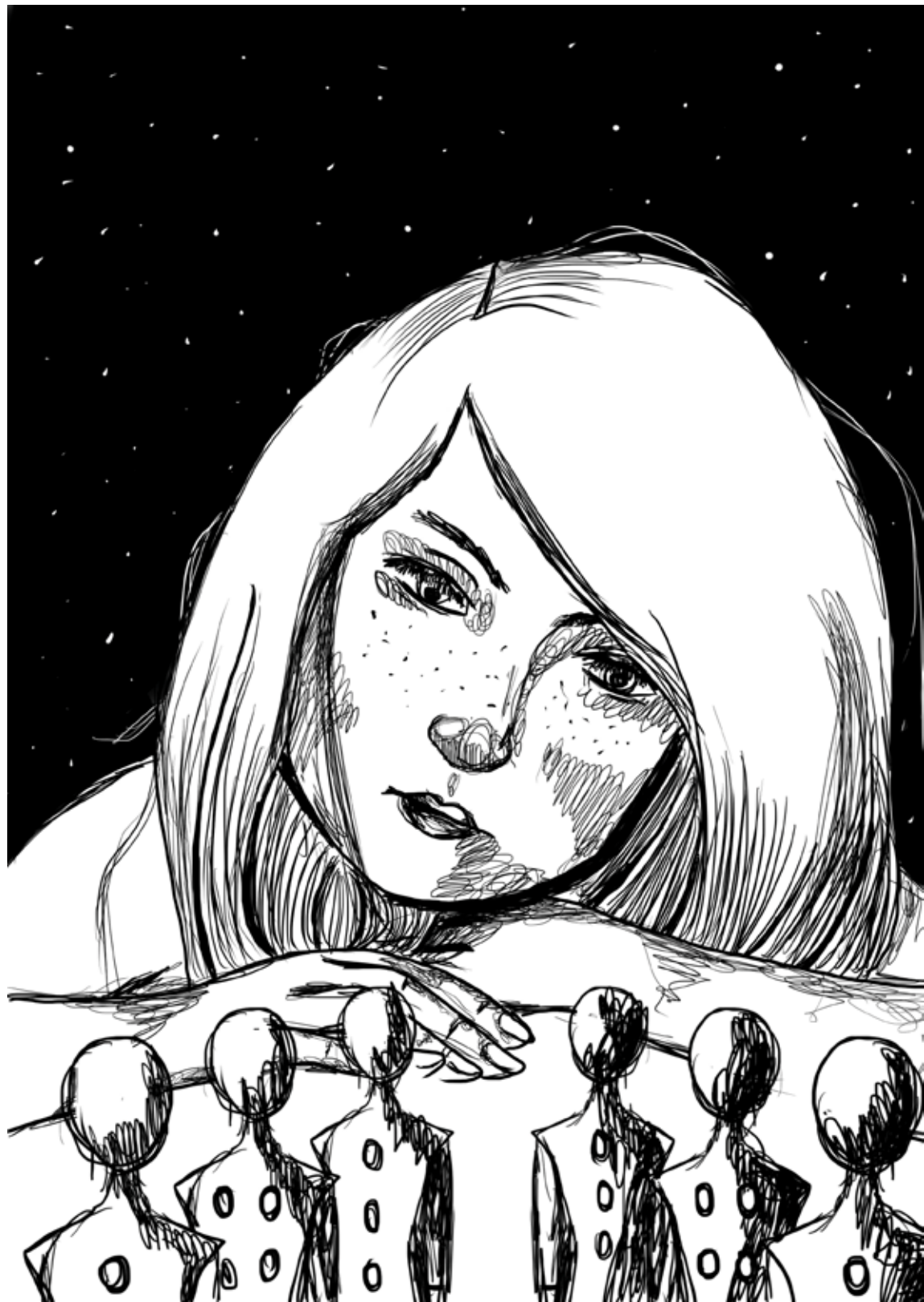
El problema, ahora, residía en el arrepentimiento. Le aterraba lo que podría llegar a venir, o peor, lo que podría llegar a irse: su familia, su novio, o su amiga, quien tanto se había preocupado por ella, sin saber a ciencia cierta qué era lo que le sucedía.

El cura, o lo que fuese, había jugado sus cartas a la perfección. Y lo odiaba por eso, como odiaba cuando alguien le demostraba que sus argumentos no tenían una pizca de lógica.

Abrió una lata y desde su interior extrajo lo que quedaba del porro. Con manos temblorosas llevó la flama del encendedor a la punta chamuscada y entre el dulce aroma de la flor prendida regresó a una idea que lograba servirle de placebo: la concepción de la vida como si esta fuese un hermoso diente de león. Venimos dotados de un tallo fuertemente asentado sobre las bases de un género impuesto, y el atractivo explota en la cúspide, en los pétalos que guardan y atesoran el resplandor de la juventud y la inminente podredumbre de la edad última.

¿Por qué estás llorando? Le había preguntado su amiga aquella misma mañana. *Quizás porque soy inmortal*, le podría haber contestado, pensándolo mejor. *Una jodida adolescente inmortal.* ■

A mi viejo, quien en medio de una caminata me compartió la idea para este cuento.



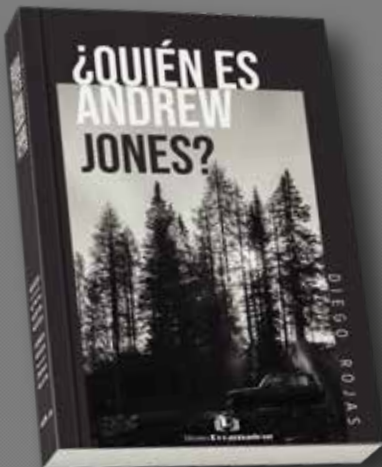
Misantropía

Por Diego Rojas

Ilustrado por Anahí la Rocca

Anoche soñé que ella me besaba, y me acomodaba como fichas de dómينو buscando el dibujo perfecto en la alfombra. Me despeinaba el viento que no existe desde que me abrazó por primera vez. Con la mueca en el instante justo antes de besarme, esa que se desvía en sonrisa y me aplaca cuando pienso; qué difícil es soñar con ella. Anoche soñé que ella me besaba. Me agarraba de la camisa y esperaba ansiosa, se despedía con un beso que decía “hola”, y miraba de reojo mientras cerraba la puerta. Yo volvía por mis pasos que parecían arrastrarme de nuevo a su casa, para ver esa mueca. Para que levante la vista luego de abrir los ojos, en el momento preciso después de besarnos sin un mañana. Anoche soñé que ella me besaba. Lo hacía con rabia, me despreciaba y en cada beso aprendí a odiarla. Recordando por qué ya no la beso, y nos marchitamos poco a poco justo cuando creíamos que podíamos cambiarnos. Se volvía la canción que más desprecio de mi disco favorito. La mañana del lunes cuando no es feriado, la luz que se mete entre las cortinas cuando estoy desvelado, el sueño frustrado de besarla cuando quiero.

Y ahí recordé: es un sueño. Es el minuto donde puedo ser quien ella quiso que sea. De un momento a otro un calor me recorre el pecho, entonces corro hacia ella, le pido que no me deje, le ruego que sea de nuevo conmigo, lo lamento tanto. Me abrazo a sus caderas mientras me deslizo humillado de rodillas, llorando como cuando era chico y mi madre me retaba por mis caprichos. Una angustia insostenible deja caer mis brazos como las ramas de un sauce. Me di cuenta que por más que le ruegue ella no me iba a volver a besar, como cuando hacía esa mueca, como en el frío de julio cuando en una esquina me juró amor eterno y se quedó a la vuelta de esos espacios. Anoche soñé que ella me besaba, y es tan lejano pensarla despeinada por las noches, encendiendo mis rincones de madera, escondiendo cada verso que podía gritarle, pero tan apaciguada caricia eran sus besos, que me dejaron de marzo en marzo. Que me animo a decir que no volví a sentir tanto miedo desde la última vez que sus labios saludaron a los míos. Anoche soñé que ella me besaba y puedo asegurarles que ella también soñó lo mismo. ■



PRÓXIMO LANZAMIENTO
DIEGO ROJAS

¿QUIÉN ES
ANDREW
JONES?


Ediciones Rocamadour

Cuentos de misterio y realismo romántico

Vanidades

Por Salvador Silva

—¿Qué me mirás?

—Perdón, no quise incomodarte. Quizás no debí hacerlo la primera vez, luego se me hizo difícil de evitar.

Sus rulos caían tenuemente como racimos de resortes dorados suspendidos apenas por debajo de unas orejas minúsculas y suaves, dejando ver en pleno el espectáculo embriagante de su cuello de marfil que sugería, sin exagerar, un llamado al vampirismo. El ángulo levemente empinado de su nariz era el punto exacto donde apoyar el compás y con formas de artista dibujar los rasgos de la perfección que condenan al tormento. Sobre el lienzo de su tersura descansaba el rosado pálido de sus labios de dicha y una sensación de vértigo me auxilió tras la impertinencia de asomarme al cielo de sus ojos. Todo en ella destilaba una pureza de virginidad inverosímil; emanaba de sus poros, cual asfalto azotado por el sol estival, una especie de aura imantada que concentraba miradas incrédulas y la revestía de un misterio encriptado que la hacía inaccesible al tacto bajo la protección de ese campo magnético, que electrificaba el aire a su paso.

Para qué hablar de lo demás, si la lujuria no cabe en la imaginación de los mortales ante una belleza sin tiempo, ni equivalencias, que aduce a prefigurarse de imágenes inéditas; como una rosa rosa de algodón refulgiendo en la lobreguez más espesa.

Un sobrecogimiento abrumador me disparó una fiebre instantánea de temperatura improbable, mientras la veía acercarse al tranco sensual de una sofisticación propia de una figura mundana de la realeza europea, abandonando su mesa para incorporarse a la mía enfrentada tras el breve diálogo, o más bien, el reproche en la insistencia de mis ojos y mi ulterior intento de disculpas. Disimulé lo más que pude el temblor, aunque no así las palpitaciones que ascendían al galope frenético del paroxismo.

—¿Cómo te llamás? —preguntó con una mueca de sonrisa que prometía el cielo.

—Matías —contesté en un reflejo trémulo.

—Lindo nombre —señaló, mientras repasaba el labio inferior con el índice derecho, al tiempo que un intenso destello aumentaba en sus pupilas de mar bravío, y agregó:

—Qué chupada de pija te pegaría...

Por un momento pensé que estaba alucinando, que eso no podía ser cierto, que no había escuchado lo que en realidad había escuchado. Hice un veloz recuento mental de las palabras que sonaran en consonancia con las por ella pronunciadas para tratar de descifrar si en realidad había dicho otra cosa; se me ocurrió algo con lija, pero desacreditaba por completo el resto de la frase. Claramente perturbado, me revolví en mi silla mirando en derredor para confirmar que la lucidez no me había abandonado de repente, hasta que el tipo de la mesa contigua me sacó de toda duda con su media medialuna sostenida en el aire, chorreando café con leche, a centímetros de su cara que me veía con ojos desorbitados, esbozando una A grande con los labios, inmóvil, expectante. Cuando me volví a verla, una sonrisa completa la elevaba al dominio de todas las cosas. Divertida, sin dudas, con los párpados ligeramente entrecerrados y mordisqueándose, sutil, sugerente, la punta del dedo índice derecho, indagó:

—¿A qué te dedicás?

—Soy vendedor ambulante. Y una brisa de sosiego me sopló por el cerebro arremolinado, arrastrando el vago presentimiento de que un oficio tan precario, llamémosle así, conseguiría deserotizar a una dama tan distinguida, mucho más que a las demás. Levantó fugazmente las cejas, desatiné en juzgar una expresión de sincero desencanto, que por un breve momento fue un alivio, hasta que arremetió:

—¿Qué pasó? ¿Te comieron la lengua los ratones? Tan elocuente que parecías hace instantes...

—Tengo mis momentos —acerté.

Soltó una risa comprimida y me reveló:

—Mi marido es puto. Me casé por la plata y hoy salí decidida a encamarme con el primero que me hable.

Por primera vez en mi vida me sentí redimido de todas mis miserias, todas; viejas y las por venir. La suma de todos mis fracasos, que me alojaron en el umbral del suicidio alguna vez, se convirtieron en polvo, empujado por el viento de este azar que conviene no indagar demasiado. Presa de un alborozo subrepticio aventuré por toda respuesta:

—Bueno. —Encogiéndome de hombros.

—Tengo el auto en la esquina. Conozco un lugar lindo en Panamericana, a veinte minutos de acá. —Y se colgó la cartera anunciando la salida.

Un terror helado me cubrió las sienes y el bajo vientre, un sudor frío me empapó las manos de súbito y con un hilo de voz aflautada, en tono de súplica, le imploré:

—¡Pará! —La resequedad de los labios me hizo bailar la lengua en su contorno—. No tengo plata —confesé en un bisbiseo lastimero.

El espacio entre mi declaración de escasez y su respuesta duró poco menos que un segundo, suficiente para sentir el envejecer simultáneo de

todas mis células y el amago inaudito de mi alma intentando abandonarme para siempre.

—No hay drama, morocho. Yo invito. —Y enfiló para la puerta.

No creo que Daniel Day Lewis haya caminado tan enaltecido, tan desbordado de confianza por la alfombra roja, al ir a recibir su tercer premio Oscar (único caso en la historia de su terna), como yo al desandar los metros que me separaban de la puerta del bar. El resto de los clientes, antiguos contertulios, desde las otras mesas, sospecho que cavilaban entre aplaudirme o putearme; casi todos con esa media sonrisa de labios apretados, ojos entrecerrados, acompañando el resquemor con una corta oscilación de cabeza de atrás hacia adelante. No podía menos que sonreír, a pasos largos pero lentos, deglutiendo el aire que emanaba el perfume de la serenidad, ese que desprendía aquella flor de algodón, que marchaba al son cadencioso de su silueta luciferina. Asumiendo todos los conocimientos humanos como propios, atravesé las mesas con algunos saludos que no fueron correspondidos, más que por uno, quien

ESTUDIO

10

Diez

arquitectura ■

- Anteproyectos.
- Planos.
- Reformas.
- Construcción en general.
- Trabajos en la Costa Atlántica y Club de Campo Las Hojas (M.Paz)

San Martín 88 - Marcos Paz C.P. 1727 - Bs. As.
Te. (0220) 477-0380 Ce. (02227) 15-412734
estudio10diez@gmail.com

con un ademán de mano en vertical, ofreciéndome el dorso de la mano, aunque tirada en un movimiento enérgico hacia atrás por encima de la cabeza, como quien dice: “Andá”. Desde la puerta, a modo de desquite con éste último, les dediqué un instante, una mirada al semblante de los, desde hoy y para siempre, hombres comunes. Una vez fuera, ella, que se me había adelantado unos metros, me esperó para señalarme, ya casi a su lado, su auto. Uno rojo, estacionado en la vereda opuesta, casi en la esquina. No sé qué modelo era, pero era uno de los nuevos.

De repente, distraído en la contemplación de las tonalidades del cielo –nuevas a mis ojos–, tres patovicas me abordaron desaprensivamente con premura, mientras que un cuarto y quinto la subían presurosos a un auto negro último modelo. Me pegaron con una envidia, con un ahínco digno de una venganza por haberles ultrajado a la madre. El recuerdo final de esa mañana tan discolta, fue la vista desde abajo, tendido en la vereda de un local de ropa, de un maniquí negro de mujer vestido con un jean ajustado y una camisa cuadriillé en tonos rosa y fucsia.

Después de los últimos casi cuatro meses en coma y luego de otros quince días orinando sangre, he tratado de ir reconstruyendo este relato y grabarlo en papel con la única mano disponible para todo uso. Sumado a la colaboración inestimable de uno de los muchachos del bar, piadoso

él, que no solo me trajo hasta el hospital, sino que me explicó en una de sus visitas que los agresores eran guardaespaldas entrenados al servicio del marido para que siguieran a la jermu en sus escapadas matinales por los bares del centro. E incluso, unos días después, fueron al bar a advertirles a los muchachos, en un español dificultoso según me contó, que no querían pasar de nuevo por esas desavenencias. Como corroborando que no era casualidad mi golpiza, o un hecho aislado, como dicen a veces cínicamente los periodistas comentando alguna muerte.

Por suerte, he ido recuperando de a poco algunas funciones básicas como caminar, aunque con una impercedera renguera. Lo que más me preocupa es que tras la triple fractura maxilar, el léxico se me ha limitado a un lenguaje de sonidos guturales incomprensibles, lo cual para la venta se me va a hacer complicado, mucho más que en la vispera. Tengo que decidir en estos días entre las opciones que me dieron para el ojo izquierdo; un parche, o uno de vidrio. Y están esperando para darme el alta que mis pulmones e hígado recuperen su función en al menos un 30%.

Por otro lado me entusiasmé con esto de la escritura. Ojalá coseche algún moderado éxito. Aunque lo que más extraño, y sospecho que será lo primero que haga una vez fuera, es tomarme un café en Los angelitos. ☐

Un poco más de humor gráfico de “el Negro”



CARPINTERIA EL VASCO

Muebles a medida | Restauraciones

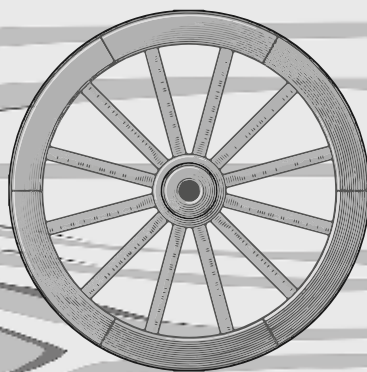
Velez Sarsfield 14 - M.Paz

(0220) 477-3429

02227-611076



Carpintería El Vasco



Queso Mozzarella "EL YACARE"

Juan María Vargas

Marcando la diferencia



Vieytes esq. Maipú
(1727) Marcos Paz
Pcia. de Buenos Aires
Tel. (0220) 477 - 3504

QUESO MOZZARELLA
ARGENTINO



Semana Santa

Por Alejandro Torres

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Steve llegó del trabajo, dejó el maletín sobre la mesa y se recostó sobre el sillón. En la cocina, Ingrid, su esposa, lavaba los platos. Fregaba sin parar desde hacía una hora.

—¿Ya has comido? —le preguntó él tomándose su gran barriga.

—Es un lindo detalle el que preguntes. O mejor podrías ayudarme. No puedo sola con tanta mugre.

—¿Dónde está Edward? —la ignoró él.

La mujer no contestó, solo se dignó a seguir fregando los platos con violencia. Desde la comidad de su sillón, Steve llamó a su hijo:

—Eddie, ¿dónde estás? —No obtuvo respuesta—. ¡Edward! —exclamó con vehemencia.

—¿Tienes que gritar para todo? —le recriminó Ingrid con el cepillo en la mano.

—Claro, mujer. ¿Dónde está ese niño?

—Puedes levantarte del sillón y subir tú a buscarlo, Steve.

—¿Qué clase de ser haría eso? No seas ridícula, mujer. Edward, hijo, ven aquí. Te tengo una sorpresa.

Unos golpeteos se oyeron desde el piso de arriba. Era como un coleteo sobre el suelo. La cabeza de un niño, pequeño y de cabello color naranja, asomó por la escalera.

—Ahí estás, hijo, ¿qué era más importante que tu padre ahí arriba?

—Solo estaba mirando el programa de la naturaleza, papá. ¿Sabías que los anfibios tienen la capacidad de regenerar partes de su cuerpo, como las piernas, los brazos o la cola?

—Caray, hijo, no tenía idea. ¿Escuchaste eso, cariño? Nuestro pequeño Eddie es un intelectual. ¿Cariño? ¿Estás oyendo lo que digo?

Ingrid continuaba fregando el piso, las paredes, los platos, con violencia. Una gota de agua le caía por el costado izquierdo de su cara, sus pelos estaban desparramados como una esponja usada. Todos los días eran iguales, estaba cansada.

—Ve y dale una mano a tu madre, Eddie —le ordenó con total parsimonia y arrellanado en el sillón.

—¿Por qué no me ayudas tú? —reclamó Ingrid.

—¿Qué no ves que acabo de llegar del trabajo, mujer? Por dios.

—Siempre es lo mismo contigo, yo me la paso aquí de sirvienta para que vengas tú y andes con

las aletas sueltas dejando olor en toda la casa. No haces más que comer y ordenar.

Steve ignoró aquellas palabras y encendió el televisor mientras su esposa, balbuceando por lo bajo, junto con su hijo, fregaban la cocina.

Se despertó por la mañana más que animado. Ingrid se había dormido en el sillón con el delantal y los guantes puestos.

—Arriba, cariño, ya es de día. ¿No es hermoso estar vivo? ¿Respirar este oxígeno? ¿Qué hubiese ocurrido si perdiéramos la guerra en 2093? —Steve se estiró hasta desperezarse, se vistió con su camisa blanca y su corbata negra y bajó a desayunar. Ingrid ya estaba despierta preparando el desayuno, cuasi dormida, con los ojos caídos.

—Ánimo, cariño, hoy será mejor que ayer —le dijo Steve. Ingrid no contestó—. ¿Dónde está Edward? ¡Edward!, hijo, baja a desayunar.

El grito hizo eco en la cabeza de Ingrid, que manejaba la cocina como un autómata. Otra vez el aleteo se escuchó bajar las escaleras y el niño se acomodó en la silla.

—¿Papá, sabías que las hormigas no tienen ojos? Se comunican entre sí a través de las antenas y una sustancia que se llama feromonas.

—¡Caray! ¿Escuchaste, cariño? Este niño nos salvará de la miseria con su cabezota. ¿Cariño? Ingrid se había quedado dormida de pie. Los huevos a la plancha comenzaron a expeler un olor pesado, y un humo negro.

—¡Ingrid! —gritó Steve. Ingrid se despertó de un salto y apartó la sartén del fuego—. ¿Por qué no descansas un poco, cariño? Llevaré a Edward a desayunar al Burguer&Fish y lo llevaré al colegio. ¡Te veo a la noche! —Ingrid no contestó, otra vez se había quedado dormida de pie.

Ya era de noche y Steve estaba de camino a su casa por la avenida Ajolote cuando del cielo bajó algo enorme color rosado, parecía un dedo. Vio que se aproximaba lentamente a él y comenzó a correr desesperado, pero lento por su excedido peso. Ante la reacción de Steve el dedo desapareció entre las estrellas. Llegó a su casa agitado, entró y cerró desesperadamente la puerta y se escondió bajo la mesa. Ingrid, que estaba ya

preparando la cena, lo miró confundida.

—¿Y a ti que te ocurre? —le preguntó.

—Shh, mujer. No hables. Puede que nos estén buscando.

—¿De qué rayos hablas, Steve?

—Que te calles, he dicho. Nos van a descubrir. ¿Dónde está Edward?

—Pues en su habitación, ¿dónde más? No hace más que mirar el programa de la naturaleza.

—Tráelo —le dijo en voz baja, silenciosamente— y métanse ambos bajo la mesa conmigo.

Ingrid no hizo más que mirarlo e ignorarlo por completo. Siguió preparando la cena: ensalada de col.

Preparó la mesa, llamó a Edward para comer, y cuando ambos estaban sentados frente a la misma, el niño preguntó por su padre.

—Está debajo tuyo, bajo la mesa, hijo.

El niño agachó la cabeza y ahí lo vio, hecho un bollito, caído en su costado izquierdo con los ojos abiertos.

—¿Qué haces ahí, papá? —preguntó inocentemente Edward.

—Me escondo, hijo, ustedes deberían hacer lo mismo. Creo que corremos un grave peligro.

—Ignóralo, Eddie —le dijo su madre—, seguramente estuvo bebiendo otra vez.

Cuando terminaron de comer y tras limpiar los platos, Ingrid se dispuso a ir a la cama.

—¿Vienes, Steve?

—Creo que pasaré la noche aquí, no quiero que ese dedo gigante vuelva a encontrarme. Tú deberías hacer lo mismo, cariño; ayúdame a armar un fuerte con las sábanas.

Ingrid dio media vuelta y subió a la habitación.

Al otro día, el sol amaneció sobre la cara de Ingrid despertándola muy temprano. Notó que Steve nunca subió a dormir a la habitación. Bajó y vio que seguía bajo la mesa, rodeado de almohadones, con un colador en su cabeza y un atizador en la mano.



El Establo

Vaquería Unisex

Independencia 117/123 - Marcos Paz - 477-0722

(Aceptamos todas las tarjetas de débito y crédito)

Lunes a sábados de 9 a 13 / 16.30 a 20.30

—¿Qué es lo que estás haciendo ahí?

—Junto fuerzas para ir al trabajo hoy, aunque no debería. ¿Quién sabe si otra vez podría aparecer ese dedo gigante proveniente del cielo?

—Cada día te soporto menos, Steve. Creo que deberíamos hablar. No estás bien.

—No, debo ir a trabajar; no debo demostrar miedo si no será peor. Voy a enfrentarme a mi destino y hacerle frente a todo aquello.

Steve se levantó e infló el pecho. Subió las escaleras, se vistió, le dio un beso a su hijo y se despidió de Ingrid saliendo por la puerta principal, triunfante. Caminó dos calles hasta dar con un enorme cartel que rezaba: "Cree usted en nuestro creador que todo lo ve? Llame al 0327-4451 y deje que nuestra luz lo ilumine". Siguió caminando pensando en eso; ya se sentía mejor, quizás lo había imaginado todo y no era más que parte de la publicidad de un culto.

Por la noche, de camino a su casa, ya había olvidado todo lo sucedido. La religión era tema nuevo en esta sociedad moderna tras la guerra. Probablemente querían ganar adeptos y utilizaban nuevas formas de publicidad para eso. De pronto, del cielo, un enorme ojo apareció vislumbrándose entre los árboles. Lo miraba. Steve se quedó congelado, pero pensó en la publicidad.

—Vaya, por poco vuelvo a caer. Ustedes y su vanguardia en tecnología. ¡Verdaderamente real, eh!

El ojo parpadeó y un enorme dedo bajó en dirección a él. Steve no se movió, y el dedo apenas lo tocó. Se sintió bastante real, pensó. De repente un escalofrío le trepó por la espalda: era muy real. Entró en pánico y corrió rápidamente bajo un escaparate. Nuevamente, ante la reacción de Steve, el dedo y el ojo se perdieron entre las estrellas. ¿Qué era eso? No era una publicidad, era real. Y lo había tocado a él: era enorme y violento, pero podía mofarse de que seguía con vida. Llegó a su casa y fue directo a su lugar privado que simulaba ser una oficina.

—Si eso no era publicidad... entonces... probablemente... ¡Fui tocado por Dios!

Había sido una semana fatigosa, pero Steve

depuso su actitud: estaba más relajado, casi se notaba la felicidad en su cara. Solo salía de su casa para trabajar y volvía y se encerraba en la oficina todo el día. Una mañana, Ingrid se despertó por un bullicio y bajó las escaleras: había una larga fila de caras sonrientes y ansiosas en la puerta de su casa.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó

—Estamos esperando para ver al Mesías. Él nos liberará de nuestras culpas.

—¿De qué rayos habla? —se sorprendió Ingrid. Fue hasta el inicio de la fila y entró sin pedir permiso a la oficina.

—¡Oiga!, espere su turno —le dijo alguien de la fila.

En la oficina, Steve vestía una túnica blanca y hacía una señal sobre la frente de alguien que estaba de rodillas al piso.

—¿Qué es lo que está ocurriendo, Steve?

—¡Oh, cariño! ¿Recuerdas que te comenté hace una semana del dedo gigante que provino del cielo? Fue Dios, me ha tocado con su gracia y quiere que imparta su enseñanza, que lleve su mensaje a estos fieles.

—¿De qué demonios estás hablando? la casa está llena de desconocidos.

El que estaba en el piso se levantó y salió rápidamente de la habitación.

—Debes decirles ya mismo a estas personas que se vayan de nuestra casa.

—No puedo, cariño, traigo el mensaje del Señor Todopoderoso. Él me ha tocado, él me eligió. Soy como aquel viejo profeta... ¿Cómo era su nombre? —dudó un momento—. ¡Moisés!

—No sabes lo que estás diciendo, estás loco de remate y toda esta gente también.

Alguien entró en la habitación, sin golpear, llevaba una túnica amarilla. Se acercó a Steve y le dijo algo al oído.

—Muy bien, entiendo. Cariño, llegaste a tiempo para verlo. Todas estas personas han visto a nuestro Señor, pero solo a mí me ha tocado, me ha elegido. Vamos afuera, sígueme.

Steve ignoró las palabras que le había dicho su mujer y salió de la habitación:

—Acompañenme, amigos, afuera, el Señor nos espera.

Steve salió por la puerta principal rodeado de cuerpos que lo siguieron hasta el patio delantero.

Allí, habían colocado un altar y muchas sillas que daban la espalda a la calle. Steve se paró frente a un micrófono y sus seguidores se sentaron en las sillas, de a uno.

—Amigos, estamos aquí para recibir a nuestro creador Todopoderoso.

Steve alzó los brazos y todos lo imitaron. Dijo unas palabras y todos miraron al cielo. Un enorme ojo se asomó. Miraba todo, escrutando a cada uno de los seres allí presentes.

—¿Qué demonios es eso?! —exclamó Ingrid aterrada.

—¡Oh, Señor! Estamos reunidos aquí por ti. Danos tu luz, llévame a mí, tu mensajero en la Tierra.

El ojo parpadeaba y observaba con detenimiento a cada uno de los presentes. De pronto, dos dedos gigantes descendieron y tomaron a Steve por las túnicas. Todos seguían contemplando con los brazos en alto lo que sucedía, algunos hablaban por lo bajo, como rezando.

—Llévame, Señor. Tu más fiel siervo te lo ruega.

Steve se elevaba de a poco, sujetado por esos dedos. No pensaba en nada más, cerró los ojos y pensó que a partir de ahora todo sería felicidad, que lo convertirían en una deidad allí abajo, donde ya no pertenecería más. Ingrid comprendería en qué se convirtió; Edward tendría un padre tocado por el cielo. Arriba, ayudaría a sus hermanos y adoraría al gran Creador.

Ingrid se quedó absorta. No comprendía qué pasaba. Quizás, después de todo, Steve tenía razón. Había sido verdad y ella no le creyó. Pensó que sería castigada por eso. Sin pensarlo mucho más creó una iglesia en la casa en nombre de Steve para que sus fieles puedan rezarle.

Arriba, cuando Steve desapareció del campo de visión de la ciudad que lo vio nacer, sintió alivio. Sentía paz, sería recompensado.

—Qué bueno que mamá quiso comer pescado hoy —le dijo un niño de cabellos rubios a otro más bajo que él—. Este ya estaba muy gordo, si no lo cocinábamos lo antes posible iba a perder su gracia. ■



Rocamadour Libros
Librería online

Textos escolares | Idiomas | Manuales
Novelas | Fantasía | Novedades | Usados



Pedidos por mail a: alejandrotorres_lp@hotmail.com

WhatsApp: 11-2350-9958

Facebook e Instagram: Rocamadour Libros



Sarmiento 1901 Esq. Bme. Mitre
Marcos Paz - Prov. de Buenos Aires
Tel: (0220) 477-5070

Lunes a viernes de 10:00 a 19:00hs
Sábados de 9:0 a 12:00hs

¿Qué necesitás para ser Socio?

Fotocopia del DNI
Completar planilla de inscripción
Admisión \$50 + cuota bimestral \$100

¿Qué servicios ofrecemos?

Préstanos de libros (solo para socios)
consulta en sala | fotocopiadoras
impresiones
(color, blanco y negro) | computadoras
servicio de internet (wifi) | talleres

Cursos y talleres

Fotografía | Taller literario | Mandalas
para niños y mandalas para adultos
(gratuito) | Psicografía fractal (curso
de formación - 3 niveles)

A.C.U.D.A
PSICOLOGÍA SOCIAL
ACOMPAÑAMIENTO TERA-
PÉUTICO
ESTIMULACIÓN TEMPRANA

Nuevo Rincón Infantil

Libres Pensadores
Un espacio ambientado para los más
pequeños (pufs, fiacas, mesas y sillas)
Abierto al público



Biblioteca
Popular
Gral. San Martín



BIBLIOPOP.GSM@GMAIL.COM



BIBLIOPOP.GSM

Gea

Por Paula Aros

«¡Qué criatura tan horrenda!», pensé esa primera vez que la vi. Sus gritos estridentes y ensordecedores me suscitaban desear su peor final. Solo anhelaba la consumación de tan espeluznante escena. Inmediatamente después (mientras yacía sobre el suelo), sus dos extremidades inferiores (las cuales usaba para mantenerse erguida), muy similares a las nuestras por cierto, se abrieron de par en par y de una especie de segunda boca, de forma vertical, comenzó a drenar un líquido primero traslúcido luego algo turbio. De la misma cavidad que acabo de mencionarte, una masa totalmente oscura y cubierta de vellosidad comenzaba a hacerse visible desde sus entrañas. Desgraciadamente, desde mi perspectiva no lograba ver con total claridad la escena completa, pero recuerdo haber pensado: «¿Por qué es que todos asumían de manera impasible el dolor de uno de sus semejantes?»»

La criatura seguía tendida en el suelo, mientras todos a su alrededor, en forma de semicírculo, contemplaban con total sobriedad, incluso podría decir ansias, la culminación del ritual. Entonces, saqué mi arma y apunté exactamente donde se suponía estaba su cabeza, al tiempo que tres de ellos se abalanzaron sobre mí en un heroico intento por detenerme. Acto seguido, un agudo y discordante alarido nos hizo voltear a todos. Finalmente había eclosionado otro ser humano, de la forma más repugnante que cualquier viajero haya contemplado jamás en todo su periplo por la galaxia.

En esos años la Tierra era un planeta que recién se estaba poblando y para serte sincero, jamás pensé que siglos después se convertirían en la peor amenaza que haya sufrido cualquier tipo de vida en cualquier rincón del universo. No me mal interpretes, Nfan, si te cuento todo esto no es para disuadirte de que te unas a las filas del D.I.E (División Intergaláctica de Exploración), solo quiero que seas precavida a la hora de enfrentarte cara a cara con alguna de estas crueles criaturas, llamadas: humanos. ■

Almacén Los Dos Torres



Sarmiento 2494 (entre calles
Velez Sarsfield y Roca) M.Paz

Aceptamos todas las tarjetas de débito y crédito con



mercado
pago



Todos los lunes 10%
de descuento para jubilados





Fontanarrosa, el parodiador

Por Pablo Rodríguez Ortiz

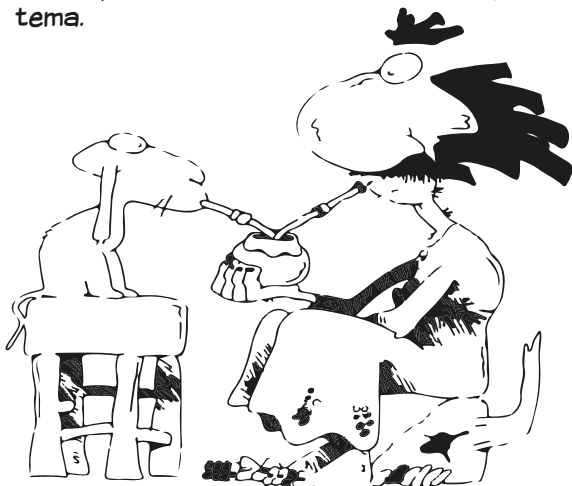
El origen occidental de la parodia tiene raíces griegas y tendría como significado el de *poema irrespetuoso* ya que vendría a ser el nombre que le dieron a los poemas que imitaban el estilo de otro poema en la Antigua Grecia. Los diccionarios definen a la parodia como una "imitación burlesca" pero sus cualidades van más allá de limitarse a ridiculizar el elemento parodiado.

Se puede construir a la parodia como un homenaje que no solo tenga una función cómica sino también como un metadiscurso crítico de la obra original o una reconstrucción irónica que pretenda generar otros puntos de vista.

Así como el Don Quijote, de Cervantes construye múltiples interpretaciones, representa una época y tiene una gran importancia y vigencia en nuestra cultura actual, los personajes de Fontanarrosa comparten esas mismas características como ser rupturistas y atemporales.

En 1972 en la revista cordobesa aparecen por primera vez las dos historietas más fa-

mosas del humorista gráfico Roberto Alfredo Fontanarrosa y las dos nacen como parodias. Inodoro Pereyra (el renaegáu) es en cierta medida una parodia del *Martín fierro* y de la idealización del gaucho, que con el paso del tiempo fue agrandando su dimensión como una caricatura del folklore en general e imitando incluso todo un lenguaje de una época que forma en Inodoro un vocabulario propio y único. Luego, al radicarse en el diario Clarín con formato de historias unitarias, la dinámica con los demás personajes, como Mendieta o Eulogia, brindan a la tira cómica de un humor constante con la posibilidad de jactarse de cualquier tema.



Boogie El aceitoso es en este caso una parodia de Harry el sucio, personaje que interpreta Clint Eastwood en la película homónima de 1971. En *Boogie* se exageran todos los defectos de los protagonistas del western y del policial. *Boogie* es un sicario, asesino, racista, machista, misógino, violento, avaro, inescrupuloso, etc. Y un poco es la verdadera cara de la representación masculina que nos mostraron los grandes medios durante varias generaciones. Se podría decir que es su tira con mayor crítica social o la más notoria aunque el autor ha comentado que más de una vez algún despistado lo ha felicitado por este personaje. En 2009 salió una película animada de *Boogie El aceitoso* y fue la primera producción 3D en Argentina. La historia de este mercenario que hace trabajos para la



mafia y que luego los traiciona puede haber quedado algo simplona comparándola con otras animaciones, pero la adaptación sirve para conocer al personaje y de homenaje al gran Fontanarrosa. Además se destaca un gran trabajo en la producción y en el doblaje de Pablo Echarrri como la voz de Boogie.

Boogie e Inodoro no son los únicos personajes que fueron creados como parodias. En 1984 en la revista *Fierro* "el Negro" publica *Sperman* una irónica versión de Superman que lucha contra la infertilidad, la frigidez y la impotencia junto a Germinal su compañero que es un espermatozoide del tamaño de un puño. Todas estas historietas revelan el gran nivel que tenía el autor de hacer reír y a fin de cuentas sus parodias estaban dedicadas a divertir y no a dar una crítica específica aunque sutilmente en su pluma se lee siempre sus pensamientos y opiniones. El escritor Pablo de Santis lo resumió atinadamente al hablar de Fontanarrosa: "Su arte se sostiene porque ama lo que parodia". Esto se puede corroborar muy bien con el personaje Ernesto Esteban Etchenique, un famoso escritor de aforismos que genera mucha devoción por lo que escribe. Aparece en uno de sus cuentos del libro "Nada del otro mundo", de 1987, y luego

regresaría en otros cuentos. Relatores de fútbol y otras celebridades serían también punto de partida para otras parodias. El mismo Fontanarrosa comenta que entre sus recursos se suele repetir el de intercalar datos reales con otros disparatados y así esperar que el lector vacile un poco ante el absurdo y piense: No vaya a ser que sea cierto lo que dice.

EL APASIONADO

Como muchos jóvenes que crecen adorando el fútbol, Fontanarrosa hubiera dejado todo por haber sido jugador de primera y de Rosario Central. No pudo cumplir ese anhelo, pero sí volcó en sus historias todo su amor por ese juego. El escritor Eduardo Sacheri asevera que "el Negro" es junto a Osvaldo Soriano el creador del subgénero de cuentos de fútbol. En el año 2000 se publica "Puro Fútbol" donde se recopilan todos sus cuentos que homenajean el folclore futbolero. "¡Qué lástima, Cattamarancio!", "El pichón de Cristo", "La pena máxima", "Relato de un utilero", "Escenas de la vida deportiva", "19 de diciembre de 1971", "Memorias de un wing derecho" son algunos de sus cuentos más renombrados, este último fue el cuento que



inspiró a que Juan José Campanella dirigiera la película animada "Metegol". Además de que muchas de sus historias fueron llevadas a la pantalla chica en una serie de unitarios que brindó canal 7 en el año 2007 llamado "Los cuentos de Fontanarrosa". Y esos no son sus únicos pasos por la pantalla. Fue Coguionista en las películas "Cuestión de principios" y "Martín Fierro" la película animada donde también fue diseñador de los personajes. Hizo un cameo como actor en la película "¿De quién es el portaligas?", dirigida por Fito Paez. Y en 2017 se estrenó una película que adapta seis de sus historias cada una dirigida por un director rosarino distinto llamada "Fontanarrosa, lo que se dice un ídolo".

En el libro "La mesa de los galanes", de 1995, Fontanarrosa inmortaliza para siempre al bar "El Cairo" un café en el centro de Rosario donde se solía reunir con sus amigos y con muchas otras celebridades a charlar y más que nada escuchar las historias que luego lo inspirarían a crear sus obras.

Unos meses antes de su deceso le pidieron crear un ícono para el club Rosario Central y así nació "El Canaya" un logotipo que sería parte de la camiseta del club y de la identidad de la institución, que muestra a un hincha con el brazo levantado gritando con el corazón en la boca. Fue su última creación antes de fallecer el 19 de Julio de 2007 cuando la Esclerosis Lateral Amiotrófica que le habían diagnosticado en 2004 finalmente lo venció.

El fútbol, los amigos, el barrio, el bar, la familia. Esas son las pasiones que representan a Fontanarrosa y que son a la vez un gran reflejo de la identidad Argentina. Fue fiel a Ediciones de la Flor mientras vivió donde se publicaron sus tres novelas, trece de sus catorce libros de cuentos y una gran cantidad de sus historietas. En 2015 se dispuso el 26 de noviembre, fecha de su nacimiento, como Día Nacional del Humorista. Porque a pesar de ser escritor, dibujante y guionista sea en el formato que sea "el Negro" siempre te iba a hacer reír. 🐶

"CARLOS, EL PERRO"



DIBUJO: DIEGO ROJAS
GUION: ALEJANDRO TORRES, DIEGO ROJAS



ALGUNAS HORAS DESPUÉS...





KALA, personificación del tiempo.
por **Mauro de Guiseppe**
“Escultura hecha totalmente de
barriles de aceite reciclados”.

entre TINTAS

DISEÑO & COMUNICACIÓN

BAJADAS
IMPRESIONES
LASER
COLOR & B/N

VINILOS
decorativos

FRASCOS / PAREDES / VENTANAS / MUEBLES Y MUCHO MÁS

TAZAS, JARROS, MATES
ARTÍCULOS SUBLIMABLES - SUPER PERSONALIZADOS

ESTAMPADOS

SERICRAFÍA - SUBLIMACIÓN - VINILO TERMOTRANSFERIBLE

FOLLETOS | TALONARIOS
BOLSAS | SOBRES | IMANES

GRAN FORMATO
LONA FRONT | MESH | VINILO IMPRESO | BANNERS
ESMERILADO | MICROPERFORADO | VEHICULAR

PLOTEOS CAD
OBRA & VEGETAL
{ **1 METRO DE ANCHO** }

diseño de
VIDRIERAS
CARTELERÍA
MARQUESINAS - BICICLETEROS - CARTELES EXTERIOR E INTERIOR
VARIEDAD EN MATERIALES - INCLUYE COLOCACIÓN

SAN MARTIN 77 | MARCOS PAZ

www.entretintas.com.ar

entretintasdg@gmail.com



011 38898869

02227 467530